

PUNTO

ROJO



**SENDAS EN  
LA NOCHE**

**silver kane**

**B&B**



SILVER KANE

SENDAS  
EN LA NOCHE

Col. PUNTO ROJO n.º 111  
Publicación semanal  
Aparece los SABADOS

EDITORIAL  
BRUGUERA, S. A.  
BARCELONA  
BUENOS AIRES  
BOGOTA



DEPÓSITO LEGAL B 11.048-1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.<sup>a</sup> edición: mayo 1964

© SILVER KANE - 1964  
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© LOZANO OLIVARES - 1964  
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**  
Mora la Nueva, 2- Barcelona - 1964

N. R. 2106/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que

cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

833 — La reina de los muertos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

711 — Cada hombre en su tumba.

En Colección TEXAS:

393 — La loba del rancho.

En Colección KANSAS:

312 — Los hijos de la noche.

En Colección ASES DEL OÉSTE:

262 — Los alacranes.

En Colección PUNTO ROJO:

102 — Asesino por un día.

En Colección METRALLA:

28 — Varsovia.

En Selección SERVICIO SECRETO:

82 — Nosotros, los fantasmas.

En Colección BÚFALO:

553 — Bueno para morir.

En Colección CALIFORNIA:

401 — Una canción y una horca.

## CAPÍTULO PRIMERO

SIEMPRE le habían gustado las ciudades del norte, donde imperaba un eterno color gris. Siempre le habían gustado aquellos campos lisos como la palma de la mano y verdes como una esmeralda, donde los trenes se deslizaban raudos hacia las profundidades de la vieja Europa.

Marcel no se cansaba de contemplarlos.

Desde la ventanilla del expreso veía los prados interminables, salpicados aquí y allá por alguna mancha de árboles, veía las casas aisladas y a veces, a lo lejos, los suburbios industriales de alguna ciudad. El cielo color gris lo dulcificaba todo y dotaba a cada contorno de una suave poesía, como en esos valiosos cuadros de los pintores flamencos en los que no se sabe dónde empieza y dónde termina cada tonalidad de la luz.

Aquel color gris y los tonos verdes del campo tranquilizaban a Marcel y le hacían sumirse en una suave melancolía.

De pronto, uno de los mozos del tren, recorrió el vagón de primera clase, anunciando:

—Llegamos a Ostende, señores.

Marcel no entendía muy bien el flamenco, pero se hizo cargo del significado de la frase. Aparte de eso, el mozo repitió la indicación en francés. Algunos viajeros empezaron a preparar sus maletas, y la señorita que durante todo el viaje se había estado insinuando a Marcel, le dirigió una última y lánguida mirada.

Marcel apenas se fijó en ella.

En otras circunstancias, aquella jovencita encantadora —tal vez un poco gruesa, como corresponde a las mujeres de buena raza flamenca—, hubiera constituido la aventura ideal para aquel viaje a través de la tarde gris, bajo el cielo gris. Un beso de aquellos labios tal vez le hubiera hecho soñar en cosas imposibles, y quizá, con un

poco de suerte, aquella dulce hembra hubiera contemplado junto a él las estrellas desde cualquier ventana de cualquier hotel de Ostende.

Pero ahora no podía ser. Ahora él tenía que llegar a Bruselas. Tenía que llegar hasta Bruselas para visitar a un muerto.

\* \* \*

El tren se detuvo en la estación, después de divisarse en lontananza unos barrios elegantes. Ostende era la capital de veraneo del norte, una especie de San Sebastián español, mientras Amberes era la capital industrial y marítima, una especie de Bilbao.

Marcel conocía bien aquellos puertos y su carácter, así como las recoletas ciudades del interior, Brujas y Gante. Sentía por Bélgica una especial admiración, y muchas veces, desde su refugio de París, hacía viajes de dos o tres días, solo para admirar un nuevo paisaje, un aspecto del país que aún no conociera.

Las cuatro horas que emplea el expreso entre París y Bruselas le parecían un paseo que por su gusto hubiera recorrido cien veces.

Pero ahora el viaje hasta la capital se le hacía interminable. Las sienes le martilleaban a pesar del paisaje apacible y del cielo gris que habitualmente calmaban sus nervios.

La mujercita con la que pudo haber tenido una aventura, descendió en Ostende. La mitad del vagón, en el que viajaban muchos veraneantes y empleados de los hoteles, quedó vacío.

Tras la parada reglamentaria, el tren arrancó de nuevo.

Ahora avanzaron durante varias millas cerca de las inmensas playas del Mar del Norte. Marcel, que durante los veranos iba a Sète, en la Provenza francesa, o a Cannes, en la Costa Azul, o a veces viajaba hasta España, no comprendía cómo las personas podían bañarse allí, entre aquellas inhóspitas dunas de arena, azotados por las olas impresionantes y bajo el chillido de los albatros, que batían el cielo con sus alas inmensas, igual que buitres que se disponen a lanzarse sobre su presa.

Pero Ostende tenía su público, igual que lo tienen las principales capitales del norte. En Ostende había clima fresco, buenos hoteles, lujosos comercios y, sobre todo, un clima de distinción del que a la gente adinerada le costaba mucho prescindir. Gente que prefiere pasar el verano en la terraza de un café, impecablemente vestida, en

lugar de tostarse bajo el sol de cualquier playa mediterránea.

Luego, abandonaron las playas y rodaron a gran velocidad hacia Bruselas, entre inmensos campos de color verde esmeralda, sobre los que iba extendiéndose una fina niebla.

En Bruselas estaba lloviznando cuando Marcel llegó.

Le parecía estar todavía soñando cuando salió de la estación, tan moderna y funcional, y tomó un taxi, un moderno bólido que debía haber salido de la fábrica dos meses atrás.

—A la rue des Bogards —dijo.

Pasaron junto a la vieja catedral de Santa Gúdula, donde se había casado el rey. Desfilaron a poca velocidad frente a pequeñas cervecerías, frente a tiendas donde se exhibían artículos para la pequeña burguesía, y frente a casas donde aún campeaban los viejos escudos de la época del Tribunal de la Sangre. Luego entraron en la rue des Bogards.

Marcel, buen conocedor de Bruselas, se dio cuenta de que el chófer le había dado una vuelta mayor de la necesaria, pero pagó sin hacer ninguna clase de comentarios.

Avanzó unos pasos y se detuvo ante la casa.

La conocía bien.

Era una vieja casa edificada en los buenos tiempos del rey Alberto, y donde él había pasado largas temporadas durante su niñez. Hubiera podido describir cada rincón del piso que ocupaba toda una planta y hablar con detalle de las once habitaciones de que aquel piso constaba. Pero ahora no podía pensar en eso.

Pensaba solamente en que su hermano estaba allí.

Muerto.

\* \* \*

Hacía cuatro años que no veía a André,

Pese a que Marcel hacía frecuentes viajes a Bruselas, siempre encontraba cerrado el viejo piso de la rue des Bogards. Su hermano André, que se había quedado con él después de la muerte de los abuelos, era ahora un conocido viajante internacional, y siempre estaba dando vueltas por Europa, lo mismo vendiendo relojes suizos en Praga que maquinaria checoslovaca para las pocas fábricas de Estambul. En sus viajes había llegado hasta el remoto Pekín, y por eso no era de extrañar que por Bruselas no apareciese casi nunca.

La última vez que se vieron había sido en París, adonde André viajó para colocar una partida de sedas naturales depositadas en un «dock» del puerto de Shanghái. Desde entonces, el Destino no había vuelto a reunirlos.

Y ahora Marcel llegaba a Bruselas para encontrarse de nuevo con su hermano André.

Con su hermano muerto.

\* \* \*

Un hombre se despegó de la fachada con lentitud. Estaba tan adherido a la casa y era tan delgado que apenas se le veía. Marcel tuvo la primera señal de su presencia cuando aquella mano pequeña, dura y fuerte se posó en su hombro.

—¿Usted es Marcel Deville?

—¿Cómo lo sabe?

—Tenemos su retrato y lo he reconocido al instante. Vamos, entre. Le esperábamos ya ayer.

—Perdí un tren y tuve que tomar el siguiente. Estaba en La Haya, no en París. ¿Pero por qué tanta prisa?

—Hemos tenido que retrasar ya el entierro de su hermano. Y los muertos no pueden esperar indefinidamente, ¿comprende? Llega un momento en que el desinfectante hay que aplicarlo casi con manguera a las paredes de las habitaciones.

Aquella brutal referencia al hedor de la muerte, aplicada concretamente a su hermano André, a quien él siempre recordó tan sano y alegre, hizo que las espaldas de Marcel fueran sacudidas por un estremecimiento.

—Vamos, entre —insistió el hombre, pero ahora con más dulzura.

Marcel puso nuevamente los pies en aquella casa donde tan feliz había sido durante su niñez. Se hundió en las sombras del vestíbulo, que ahora le parecía una tumba. Un zumbido metálico y desconocido se elevaba desde el fondo, donde era más espesa la penumbra.

Marcel susurró:

—¿Qué es esto? ¿Es que han puesto ascensor?

—Lo instalaron el año pasado. ¿Cuánto tiempo hacía que no venía usted aquí?

—No sé, no recuerdo exactamente. Sabiendo que no estaba mi hermano André, en muchos de mis viajes a Bruselas, no me acercaba por esta casa. Quizá mi última visita se remonte a cuatro años atrás.

—¿Y cuánto tiempo hacía que no veía a su hermano?

—Más o menos el mismo tiempo.

—No lo encontrará muy cambiado, dentro de todo. Ya verá.

Lo miré. En la luz indefinida del ascensor, el tipo tenía algo de desdibujado, de borroso, pero sus ojos brillaban astutos como los de los policías malos de las películas. Y resultó que el tipo era un policía, aunque de los buenos, o al menos eso decía.

—¿Quién es usted? —susurró—. ¿Por qué me esperaba?

—Soy el comisario Duprez, de la policía judicial. Estoy afecto a la sección de Policías Extranjeras.

—¿Policías extranjeras? ¿Por qué?

—Ya verá.

Habíamos llegado. La casa no era alta, como la mayor parte de las de Bruselas. La puerta del piso, de sólida madera trabajada a mano, estaba abierta, y dentro se veía una media luz inquietante, como esas penumbras que suelen imperar en las habitaciones de los muertos.

Duprez susurró:

—Entre.

Hablaba un francés suave, lánguido, y sus modales eran sinuosos, aunque bajo aquella capa se adivinaba la dureza.

En la habitación que había sido sala de recibir en otro tiempo, estaba el mausoleo. Allí habían instalado el féretro, y a la luz fantasmal de los cirios, su hermano Andrés parecía un ser irreal, un personaje de pesadilla. Lo habían vestido de negro y, parecía algo mayor, aunque podía decirse que conservaba su aspecto sano y decidido de costumbre. Era uno de esos muertos que parecen ir a levantarse y echar a andar. Se adivinaba que André debía haber muerto repentinamente, sin estar enfermo.

Llevaba un cuello de camisa muy alto, lo cual contribuía a darle un aspecto irreal, porque precisamente André siempre había usado cuellos de camisa modernos, muy deportivos y bastante bajos.

Pero de todos modos era evidente que llevaba más de veinticuatro horas muerto. El hedor empezaba ya a pegarse a las

paredes, a flotar en torno como una nube negra. Marcel sintió una náusea, pero inmediatamente le dio vergüenza haberla sentido y se rehízo.

El comisario, susurró

—Ahora que ha llegado usted, podremos enterrarlo. Era conveniente tener la autorización de un familiar.

—Comprendo.

—No se acerque demasiado. Es molesto, ¿verdad?

Marcel pensaba que sí, que era molesto, pero le dolió despedirse de su hermano como se hubiera despedido de un desconocido. Por eso se acercó más.

Y por eso vio junto al nacimiento de la mandíbula el pequeño orificio de bala que el cuello alto de la camisa no lograba disimular.

Marcel palideció. Sintió que sus rodillas se doblaban.

—¿Pero qué es esto? En el nombre de Dios... —susurró—. ¿Qué significa?

Duprez se encogió de hombros con la mayor naturalidad.

—Ahora le presentaré al hombre que lo ha matado —dijo suavemente.

## SEGUNDO

EL hombre era joven; debía tener unos treinta años. Fumaba en pipa y el humo que le envolvía acentuaba la sensación de irrealidad que le había rodeado desde el primer momento. Usaba americana deportiva y se veía a la legua que era yanqui. Yanqui salido de una de esas universidades donde se juega al rugby, se besa a las chicas y se estudia de vez en cuando.

Pero el tipo era educado; eso no podía negarse. Empezó pidiendo excusas por haberse instalado en el despacho principal de la casa.

—Le esperaba a usted —susurró—. Quería conocerle personalmente y rogarle que me perdonase, si eso es posible. Ya comprendo que debo parecerle el hombre más repulsivo del mundo. Me pongo en su lugar y me hago cargo de lo que siente.

Marcel no contestó.

Miraba al otro sin desprenderse aún de aquella sensación de irrealidad que le envolvía, de aquella sensación de estar viviendo un sueño que aún no había logrado sacudirse de encima.

El americano hablaba en correcto francés. Marcel se dio cuenta de que sus manos —las manos que habían matado a André— eran distinguidas y finas, pero fuertes.

—¿No me contesta usted? —preguntó el otro—. ¿No me insulta?

Marcel hundió la cabeza.

—Tengo la sensación de que todo esto no es verdad —susurró con franqueza—. Intento reaccionar y no puedo. Sé que me daré cuenta de las cosas mañana o pasado, y que entonces tendré deseos de saltar sobre usted, pero ahora no puedo. No consigo ni siquiera darme cuenta de que todo esto ha sucedido.

El americano le miró con una repentina simpatía, dejando su pipa sobre la mesa.

—Yo estaré a su disposición si mañana o pasado quiere abofetearme. Voy a vivir en Bruselas todavía una semana. Pero antes permítame que me disculpe. Lo que hice con su hermano tenía que hacerlo.

—¿Por qué? ¿Qué es usted? ¿Verdugo?

—Soy mitad verdugo, mitad detective, mitad galán de película barata —explicó el americano—. Estoy adscrito a los servicios del CIA en mi país. Usted, por supuesto, sabrá qué es eso del CIA.

—El servicio de espionaje y contraespionaje, claro que sí —farfulló Marcel con un soplo de voz—. ¿Pero qué tiene que ver mi hermano?...

—Su hermano André era un espía.

Marcel exclamó, impulsivamente:

—Absurdo...

—¿Qué sabe usted? ¿Qué sabía de su hermano en realidad? Solo que viajaba mucho, ¿no es así?

Marcel tuvo que reconocer que, en efecto, solo sabía eso: que su hermano no paraba apenas en París ni en Bruselas, y que tan pronto se le encontraba en Praga como en las islas Dálmatas, o en las dos zonas de Berlín. Y que era un viajante internacional, lo cual, si bien se mira, no quiere decir nada y quiere decir muchas cosas.

—Su hermano —remachó el americano— empezó siendo un espía al servicio del Quai D'Orsay francés, pero pronto se desmandó y comprendió que le interesaba trabajar más por cuenta propia. El mundo del espionaje está lleno de hombres que trabajaban para dos bandos a la vez, y por eso su hermano no hizo más que seguir un ejemplo tan viejo como el mundo. En realidad el espionaje, que mucha gente ve como algo misterioso y algo fantástico, no es sino una vulgar cuestión de oportunidad y de dinero. Pero a lo que iba diciendo: su hermano André llegó a convertirse en un hombre peligroso.

Marcel apretó los labios.

—¿Y por qué le mató usted? Usted es americano, ¿no? Y él era francés naturalizado belga.

—Cierto, pero todos los países del bloque occidental tienen un pacto de defensa común que comprende la protección de los secretos atómicos. Un americano puede actuar en Francia en según qué circunstancias, y un agente del Deuxième Bureau podría actuar

en Nueva York.

—Pero explíquese. ¿Qué... qué hizo mi hermano?

—Trate de calmarse, amigo mío. Y le llamo «amigo» con sinceridad, no para seguir un protocolo. Yo no tendría que explicarle nada, pero es que quiero que me perdone usted. Su hermano iba a vender un importante secreto sobre los nuevos proyectiles «Atlas» de mi país, cuando logré darle alcance y hube de matarle. No pudo terminar la operación, eso nos consta, pero los planos no han sido hallados.

El americano encendió un cigarrillo tras ofrecer otro a Marcel. Este rehusó. Era un cigarrillo caro en Francia, un «Peer Export». El agente ya parecía haberse olvidado de la pipa.

Dio unos cuantos pasos por la habitación mientras parecía medir el problema, pesar cuidadosamente las palabras antes de pronunciarlas. Más que un agente parecía en estos momentos un diplomático que debe redactar un ultimátum.

Al fin susurró:

—No ha sido hallado nada, y naturalmente sería triste —o mejor dicho, trágico— que esos proyectos pudieran caer en otras manos. Todos suponemos con fundamento que su hermano los tenía cuando yo le di alcance.

Marcel tragó saliva. Sus facciones, habitualmente suaves, se endurecieron al decir:

—¿Por qué dice una cosa tan ridícula? Usted sabe ya perfectamente que mi pobre hermano no podía tenerlos. Usted y sus compañeros lo habrán desnudado y vestido cien veces, le habrán mirado dentro de la boca, le habrán levantado las fundas de oro de sus dientes, le habrán hecho repugnantes sondeos en el ano y habrán examinado con lupa centímetro a centímetro su piel, por si llevaba algo tatuado en ella. Toda la miserable técnica que se empleaba en los tiempos de concentración nazis, para ver si los judíos llevaban algo escondido, ustedes la han aprendido bien. ¿Por qué habla así, si sabe perfectamente que André no llevaba nada?

El americano no se alteró ante aquellas palabras, la mitad de las cuales eran ofensivas. No hizo un solo gesto, excepto los necesarios para seguir fumando con calma su cigarrillo.

Al fin hizo una pregunta que al parecer no tenía sentido.

—¿A qué se dedica usted, Marcel? ¿Qué hace en París?

—Soy escritor.

—¿Escritor de qué?

—De obras policíacas, principalmente, aunque también he estrenado algo en teatro.

—Entonces hemos de suponer que usted es en cierto modo un soñador y una persona de sensibilidad, pero también es un tipo con bastante imaginación. ¿Cierto?

—Supongamos que sí.

—En tal caso, ¿qué idea se le ocurre a usted? ¿Qué cree que pudo hacer su hermano con esos proyectos?

Marcel alzó el rostro.

—¿Está pidiendo mi ayuda, agente del tío Sam? ¿Es por eso que me ha llamado «amigo» con tanta prosopopeya?

—No le pido ayuda; le brindo la posibilidad de limpiar la memoria de su hermano.

—¿Qué quiere decir?

—Podemos dar a los periódicos una información falsa acerca de las causas de su muerte. Su hermano André puede convertirse, a partir de este momento, en víctima de un desdichado accidente o en un repugnante traidor que hubiera sido capaz de vender a su madre.

Las facciones del americano se habían endurecido. Ahora ya no hablaba como un diplomático, sino como un agente a quien habían metido a martillazos las órdenes en su cabeza, a quien habían dicho que empleara, si llegase a ser necesario, la ley del terror.

Pese a ello, Marcel tenía las facciones tranquilas, serenas, cuando respondió:

—¿No sentirían compasión de ese hombre ni aun después de muerto?

—¿Por qué?

—Es posible que yo no pueda ayudarles. Dese cuenta de que hacía cuatro años que no veía a André.

—¿Pero nos ayudará si puede?

—Supongamos que sí.

El americano se apoyó en la mesa.

—Está bien, entonces hable.

—No sé nada de mi hermano; no sé absolutamente nada de lo que ha podido hacer estos años, pero le conocía mejor que usted y

mejor que todo el mundo. Puedo hallar una pista si me habla de sus últimos actos, de lo que ocurrió hasta que una bala terminó con él.

El americano aplastó su cigarrillo sobre el cenicero.

—Ese puede ser un buen camino. Y me parece una petición muy razonable, de modo que escuche.

Se puso a hablarle con voz monótona de los últimos días de André. Este había viajado hasta Helsinki, desde allí había volado a Leningrado y de Leningrado al Berlín oriental, sin duda para ponerse en contacto con agentes que pudieran adquirir la «mercancía». El CIA, que ya le seguía la pista, aunque un poco a ciegas, lo tenía anotado todo, desde el horario de los aviones hasta las minutas de los restaurantes e incluso algún que otro detalle vergonzoso. Por ejemplo, que en Hamburgo, en el famoso barrio de San Pauli, André había estado durmiendo con una mujerzuela.

—¿No les ha sugerido nada eso? —musitó André—. ¿Quién sabe si es ella la que tiene los planos?

—No somos tan tontos —susurró el americano—. Esos trucos de novela ya son muy viejos para nosotros. Por descontado, ella fue la primera persona que nos llamó la atención, y la hemos interrogado estrechamente. Pero no sabe nada.

—No, no son ustedes tontos —suspiró Marcel—. Veo que lo de las novelas ya ha sido superado por la realidad. Continúe.

—Su hermano voló luego a Washington, aparentemente para negociar con una comisión de agricultores la compra de unos excedentes agrícolas, pero en realidad no sabernos para qué. Es posible que allí robase o le fueran entregados los planos por un cómplice, ya que a partir de ese momento cambió radicalmente su modo de proceder. Ya no siguió una línea más o menos regular, sino que toda su obsesión consistió en desorientarnos. Yo supe que era justo en ese momento cuando la «mercancía» estaba en su poder. Es algo experimentado cien veces. El espía solo necesita una hora, ¡una hora tan solo en un lapso de semanas!, para entregar su paquete, cobrar y poner el dinero a buen recaudo. A partir de ese momento ya no le importa ser detenido, porque sabe que no se le probará nada. Pero cuando tiene encima la «mercancía», y a pesar de que nadie notaría nada raro en él, nosotros nos damos cuenta de que el clima de fiebre ha subido, de que actúa como un loco y de que el baile del gato y el ratón ha empezado —encendió un nuevo

cigarrillo—. Justo era eso lo que yo sentía cuando pude localizar a su hermano en Bruselas. Intenté detenerle, se resistió y hube de balearle. Eso fue todo.

Marcel alzó el rostro nuevamente. Sus facciones parecían haber sido cinceladas en piedra.

Ni un músculo se movía en su cabeza, envuelta por el humo del cigarrillo. Una atmósfera irreal, de pesadilla, de aquellarre, parecía rodearle.

Con voz suave dijo:

—Me extraña qué usted pudiera matar a mi hermano. André era un tipo ágil y escurridizo. Como era algo mayor que yo, estuvo en la Guerra Mundial, luchando primero en el ejército francés y luego en el maquis. Se evadió de tres campos de concentración y dos oficinas de la Gestapo. Docenas de veces tiraron contra él y docenas de veces salió inmune. Usted no puede haber conseguido lo que otros más hábiles no lograron.

El americano tampoco se ofendió.

—Es que usted no lo sabe todo —dijo.

—¿No? ¿Es que hay algo más?

—Su hermano André estaba herido. Los hombres de mi Departamento lo balearon hace un año, alojándole una bala cerca de la columna vertebral. Fue un acto precipitado, lo reconozco, y que no tenía justificación legal alguna. Desde entonces, André caminó siempre con dificultad, y supimos que sufría atroces dolores. Quizá por eso quería acabar su carrera con un «trabajo» bueno y que le permitiera retirarse. Creo que su existencia no era agradable más bien debía resultar atroz. Incluso le diré una cosa.

—¿Qué?

—André había comprado ya su propio ataúd.

Marcel, que se había llevado una mano a la altura de los ojos la dejó caer nuevamente, sin fuerzas, sobre sus rodillas.

—¿Está usted loco?

—No lo estoy. Fue un acto perfectamente controlado y que él realizó con plena lucidez. Fue a una funeraria, eligió el ataúd mejor, lo pagó y dejó incluso una cantidad como depósito para que lo conservaran allí mientras viviese. Eso solo lo hace un hombre que sabe que pronto va a morir, o que tal vez desea morir. Debía estar seguro de que acabaríamos cazándole, y pensó elegir al menos su

último refugio.

Marcel reflexionó unos breves instantes. Luego susurró:

—Supongo que al menos respetarían esa postrera voluntad.

—¿Cómo podíamos impedirlo? —el americano se encogió de hombros—. ¿Y qué nos importaba a nosotros, después de todo? Ese es el ataúd que él eligió. Va a acompañarle por toda la eternidad. De acuerdo... Por nosotros, ¡buen viaje! Pero ahora debe ser usted el que hable y me dé alguna idea. ¿No dijo que conocía a su hermano bien?

—No en ese sentido.

—¿Entonces de qué me sirve? —preguntó rudamente el americano.

Marcel le miró. En sus ojos más bien dulces, que excluían toda idea de violencia, hubo una muda súplica.

—Le ruego que tenga compasión de un hombre que ya está muerto. No difame al menos su memoria.

—Le seré sincero. La muerte de André ha dejado de interesarme. Lo que quiero son esos proyectos.

—Y los quiere enseguida, ¿no? Ansia un éxito fácil.

—¿Considera fácil matar a un hombre como su hermano, después de seguirle la pista a través de medio mundo? ¿Cree que no es mejor que todo termine aquí? ¿Por qué no me ayuda?

Marcel se retorció los dedos con una oscura desesperación.

—Yo no puedo ayudarle, señor agente del tío Sam. No sé qué hacer ni qué decirle. Solo le ruego que tenga compasión.

—¿Compasión de quién? ¿De un espía?

—Compréndalo... André no tenía esposa ni hijos, pero tendría amigos, quizá alguna novia... Además, casi toda nuestra familia lejana vive aún. No es justo matar a un hombre y encima arrojar sobre él el manto de la ignominia.

El agente se encogió de hombros, con indiferencia.

—Este asunto ha concluido para mí, señor —musitó—. Me limitaré a cumplir con mi deber. Cuando se me pregunte, no añadiré ni quitaré una coma. Si usted hubiese podido ayudarme, sería distinto.

—No es que no quiera; es que no puedo. ¿No lo ha comprendido aún? ¡No puedo hacerlo! ¡No sé nada! ¡Hacia cuatro años que no veía a mi hermano André!

El americano dejó de mirarle; aplastó su nuevo cigarrillo.

—De acuerdo —dijo.

Y con eso el asunto terminó para él; le dio carpetazo. Como si comprendiera que tendría que buscar en otros sitios, dejó de prestar atención a Marcel y al mundo en que este se encontraba inmerso.

Marcel se puso en pie. Era lo bastante inteligente para comprender cuando estaba de más en un sitio. Y lo bastante sensible para darse cuenta de que aquel hombre pensaba ya en otra cosa.

En cierto modo resultaba natural. Su oficio era ese.

—La casa le será devuelta intacta —se limitó a decir el americano—, apenas el entierro tenga lugar. Hemos hecho inventario para que usted esté seguro de nuestra honradez. Cuando se lleven a su hermano podrá tomar posesión de todo. ¡Ah! Por cierto, ahí están...

Miró hacia más allá de la puerta, al mundo en tinieblas que estaba al otro lado de la habitación. Marcel supo, sin necesidad de volver la cabeza, que los sepultureros habían llegado.

Sintió frío en todo el cuerpo. Y, en cambio, sus ojos ardieron con unos repentinos deseos de llorar.

### TERCERO

ESTABA ante la alta pared formada por docenas de nichos. Estaba viendo colocar en uno de ellos la placa negra —la placa que él mismo había costado— con el nombre de su hermano André.

Tenía los ojos clavados en aquellas letras que lo significaban todo y quizá no significaban nada: «In Memoriam».

¿En memoria? ¿De qué? ¿Qué es el recuerdo para los que mueren? ¿Quién se acuerda de uno cuando su esposa y sus hijos han ido a parar también al fondo de la fosa?

¿Qué se ha hecho de los millones de hombres que han vivido antes que nosotros? ¿Dónde están sus huesos? ¿Y su polvo? ¡Al menos su polvo, del que hablan los Evangelios y se nos recuerda el Miércoles de Ceniza! Pero ni eso existe ya. Ha desaparecido no solo el recuerdo, sino hasta el polvo de que un día estuvieron formados nuestros bisabuelos. Se nos llora una semana y luego se nos hunde en el eterno olvido.

Las palabras «In Memoriam» son falsas. Más valdría el viejo adagio latino: *Pulvis, Cineris, Nihil*. Polvo, Ceniza y Nada.

Claro, que Marcel pensaba en todas esas cosas, porque era un escritor. Otros hombres, los hombres prácticos, no perdían el tiempo en eso.

Por ejemplo, el americano.

El americano estaba detrás del grupo, con el sombrero en la mano, y lanzaba siniestras miradas a la lápida como si no supiera perdonar al muerto que se hubiera llevado su secreto al otro mundo, que le hubiera obligado a dejar su trabajo terminado en la mitad.

Este era un hombre dinámico, práctico, este no perdía el tiempo en fantasías propias de un escritor como Marcel.

Pero fue Marcel el que lo comprendió.

Fue Marcel, precisamente por ser escritor, el que se dio cuenta de todo como si lo estuviera viendo con sus propios ojos.

Sintió que todo se nublaba, que todo daba vueltas en torno suyo.

Pero se mantuvo en pie, con los labios apretados, mientras su cerebro rugía como un volcán.

Mientras todo volvía a hundirse otra vez en aquel alucinante clima de pesadilla.

## CUARTO

**S**í, él lo había comprendido, pero no podía llevar a la práctica inmediatamente lo que su cerebro le dictaba. Él estaba seguro de que conocía la horrible verdad, pero aún no podía demostrarla.

Necesitaba dejar transcurrir algún tiempo. Necesitaba que sus pensamientos se serenasen, que dejara de dominarle aquel clima de pesadilla.

Y por eso Marcel dejó transcurrir dos días.

Dos días durante los cuales visitó las pequeñas cervecerías de Bruselas, paseó solitario por los jardines del rey Leopoldo, compró pequeños objetos en las tiendas elegantes del boulevard Anspach, se extasió ante los edificios de la Grande Place y contempló, como millones de personas lo habían hecho antes, la escultura del niño que orina continuamente y que se ha convertido en una especie de símbolo de la ciudad.

Durante dos días, Marcel se comportó como una persona tranquila y normal que deseara descansar en Bélgica una breve temporada.

Pero, transcurrido ese tiempo, hizo algo que no parecía tan tranquilo ni tan lleno de normalidad.

Tomó el expreso internacional que salía para La Haya, en la vecina Holanda, y se arrojó en marcha cuando el convoy disminuía la velocidad para entrar en un cambio de agujas. Desde allí regresó en un taxi a Bruselas, que había quedado diez kilómetros más atrás.

Una vez en Bruselas, y ya seguro de que cualquiera que le siguiese habría, perdido su pista, Marcel, el escritor, el hombre elegante, sentimental y de modales suaves, se encaminó al cementerio.

Quería hacer algo que no era elegante, ni sentimental, ni suave. Pensaba profanar una tumba.

Nadie vigilaba a las tres de la madrugada el cementerio, que, además, aparecía en tinieblas a causa de la luna nueva. Marcel tuvo que emplear toda su memoria para localizar la tumba de su hermano André, y tuvo que vencer todo su miedo cuando tropezó varias veces con las cruces, cuando a trechos divisó, bajo las lápidas mal encajadas, la fosforescencia de los muertos.

Por fin llegó al sitio donde estaba esculpido el nombre de su hermano André. Por fin llegó ante las dos palabras que eran mentira: «In Memoriam».

La palanca de hierro que llevaba oculta bajo su americana, bien sujeta en una funda, iba a serle de gran utilidad. Encajarla entre la lápida y las paredes del nicho, no le costó nada; hacer saltar la lápida mediante una serie de hábiles esfuerzos, le costó más de media hora.

Luego quedaba el tabique de ladrillos.

Marcel rompió uno de ellos, procurando no hacer ruido, y por el hueco introdujo la mano, haciendo saltar los otros por simple presión. Una vaharada de aire fétido llegó hasta él apenas había iniciado esta segunda parte de su trabajo. Tuvo que dominar su angustia y sus violentas arcadas, que le revolvían el estómago, para seguir actuando. Sabía que un cadáver con cuatro o cinco días de antigüedad empieza a estar ya en lo peor de su aspecto, y que el hedor se le haría difícil de soportar. Pero sabía también que le iba a ser imposible seguir con aquella duda. Necesitaba saber cuánto antes qué era lo que se ocultaba en el ataúd de su hermano André.

Por fin pudo sacarlo.

El ataúd pesaba como el plomo, pero Marcel era joven y fuerte y consiguió manejarlo. Además, ahora ya se había acostumbrado a la oscuridad y distinguía relativamente bien los objetos. Solo necesitó un palanquetazo para hacer saltar la tapa de la siniestra caja.

El cadáver estaba allí, con los ojos entreabiertos, y hubiera podido decirse que le había crecido la barba. El hedor que escapaba por su boca, mal cerrada, era insoportable. Venciendo su angustia, Marcel extrajo el muerto, lo apoyó en la pared del nicho como si fuera un rígido poste y palpó meticulosamente los almohadillados del ataúd. En la pared lateral derecha, donde se insertaban los

goznes, creyó notar que había una placa metálica más ancha de lo normal. De no sospechar que allí iba a encontrarse algo, nadie hubiera notado tal circunstancia. Con una navaja, Marcel rasgó los almohadillados, y de debajo de estos extrajo una cajita plana, grande, de unos veinte centímetros por veinte, que tenía poco fondo para que pudiera pasar desapercibida, pero que pesaba considerablemente: al menos tres kilos.

«Ni que estuviera llena de plomo.»

La caja parecía hermética y no tenía cerradura, al menos visible. Seguramente, había de abrirse a palanquetazos o destruirse para sacar su contenido. La caja, desde luego, importaba poco.

Marcel la depositó sobre una cercana lápida, donde luego pudiese hallarla, y se dedicó a terminar su tarea. Le quedaban aún muchas cosas ingratas por hacer.

La primera de ellas fue colocar de nuevo el cadáver en su sitio, cerrar el ataúd e introducirlo dentro del nicho. Los ladrillos fueron cuidadosamente amontonados en el interior de este, ya que Marcel no tenía medios ni tiempo para reconstruir el tabique. Pensaba que poniendo solo la placa quedaría la tumba aparentemente bien.

En efecto, así fue.

Una vez encajada la placa cuidadosamente, el nicho pareció no haber sido tocado jamás. Si alguien hurgaba en él descubriría que la lápida estaba suelta, pero, ¿quién iba a hacerlo? ¿Quién hurgaría en la tumba de un hombre al que nadie volvería a visitar jamás?

Los restos de cemento y partículas de ladrillo que habían caído a consecuencia de la destrucción del tabique, fueron apartados cuidadosamente por las manos de Marcel. Delante del nicho no quedó nada.

Pero aún quedaba un enemigo: el hedor.

El hedor se filtraba, suave y traidoramente, por entre los resquicios de la lápida no del todo bien encajada. Cualquiera que pasase por allí lo notaría. Por eso Marcel hubo de hacer una cosa muy sencilla y al propio tiempo muy fastidiosa, porque representaba acabar con las mandíbulas cansadas para una semana: extrajo varios paquetes de chicle que llevaba en uno de sus bolsillos, por si eran necesarios, y se puso a mascar una pastilla tras otra hasta producir las suficientes partículas de goma extensible para bordear con ella todas las junturas de la lápida. El trabajo fue

lento, delicado y molesto, pero a simple vista la goma no se distinguía. Para mayor seguridad, Marcel descolgó una corona de varios nichos más allá y la puso sobre el de su hermano, cubriendo enteramente la lápida.

Por fin, dio un breve paseo para habituarse de nuevo al aire puro de la noche.

Al regresar, ya no percibió el hedor. Las gruesas capas de goma de mascar aislaban lo suficiente para impedir su paso.

Marcel recogió la caja metálica, la ocultó entre sus ropas y, saltando de nuevo la tapia, abandonó el cementerio.

En una fuente cercana se lavó las manos una y cien veces, hasta sentir el frío del agua penetrándole en los mismos huesos. Y a continuación se puso a andar.

Fue incapaz de decir cuántas horas duró aquello, cuánto tiempo estuvo recorriendo una y otra vez las calles de Bruselas, desde los suburbios a la catedral, desde la catedral a la calle Ancha y desde la calle Ancha al Palacio de Justicia, cuya cúpula dominaba la perspectiva burguesa y quieta de la gran ciudad.

Por fin, cuando consiguió dominar la tensión insoportable de sus nervios, vio que sobre las calles se derramaban las primeras luces del amanecer.

Debían ser las siete de la mañana.

En la misma calle Ancha, calle de pequeños comercios y gente trabajadora, algunos cafés abrían ya sus puertas. Marcel entró en uno de ellos, pidió cerveza y aguardiente y lo mezcló todo en la misma jarra. En contra de su costumbre, bebió hasta hartarse, pero al terminar tenía la cabeza más clara y lúcida que nunca.

Comprendía muy bien a su hermano André.

Este había ocultado su secreto dentro del ataúd —poniéndose o no de acuerdo con el empleado de la funeraria— y así lograba dos cosas: si vivía, podría retirarlo a tiempo; si moría, conseguía al menos la satisfacción de saber que el agente que le había despachado se llevaría un chasco al final de su sucio trabajo.

Hombre astuto, frío, reflexivo, el buen hermano André.

Y hombre rencoroso también; pero ese, por lo visto, es uno de los signos de nuestro tiempo.

Ahora Marcel, una vez averiguado todo esto, reflexionaba fría y sensatamente, partiendo de la base de que él quería ser un hombre

de honor.

Estaba en posesión de algo por lo que había muerto su hermano André y por lo que, seguramente, estaba dispuesto a morir el agente americano que lo despachó al otro mundo.

Un secreto que podía valer miles de francos en un serio y honrado Banco suizo. Millones tal vez.

La tranquilidad para toda la vida. No depender más de editores voraces ni de intermediarios ladrones. No tener que escribir más cosas que no le gustaban a uno.

Marcel, por unos instantes, pensó con deleite en ese porvenir dorado que estaba a su alcance con solo mover un dedo.

Pero no. Él no seguiría nunca el camino que había seguido su hermano André.

Él era un hombre sentimental que conocía algo del judo porque era necesario para sus novelas, que era capaz de enamorarse hasta la muerte de una mujer, que escribía mucho sobre policías, pero odiaba que estos le persiguiesen. Un hombre tranquilo, en fin, que jamás tendría éxito en los ambientes del espionaje internacional.

Por otra parte, la «mercancía» que él llevaba ahora encima resultaba valiosísima en manos de André, pero él no sabía dónde venderla. No conocía a los enlaces ni a las personas a las que pudiera interesar. Lo más fácil sería presentarse por las buenas en la Embajada rusa. ¿Pero y si resultaba que aquel secreto había sido robado precisamente a los rusos? En aquellos asuntos nadie decía la verdad, y no podía fiarse de las palabras del agente americano. Lo más fácil era que se metiese en un lío en el que no solo podía perder la dignidad, sino también la vida.

Y, al fin, llegó a una decisión.

Darí­a una lección al americano. Le convencería de que no resultaba tan listo como él había creído, puesto que un simple novelista era capaz de tener ideas que él no tendría nunca. Haría, además, un pacto con él. Los secretos de André a cambio de un artículo publicado en toda la Prensa europea donde se limpiase la memoria de este. Un pacto entre caballeros, que era lo único que Marcel sabía hacer.

Consultó su reloj.

Sin darse cuenta, había dejado transcurrir mucho tiempo. Eran ya las nueve y diez de la mañana.

Desde un teléfono automático llamó a la Embajada de los Estados Unidos. Recordaba el nombre del americano: Richard Kenney. En la Embajada sabrían algo de él.

Y preguntó por Richard Kenney.

—No está en Bruselas —le dijo una educada secretaria—. Nuestro consejero, el señor Kenney, ha salido hacia Londres para un asunto de protocolo que reviste la mayor importancia.

—No me engañe —dijo Marcel, abruptamente—. Sé de sobras que Kenney no es un consejero ni se ha ocupado jamás de asuntos de protocolo. Ustedes lo tendrán en su nómina bajo el concepto que les dé la gana, pero es un agente del CIA y nada más que eso. Si está en Bruselas le harán un gran favor hablándole de mí. Díganle que soy Marcel. Él me conoce. Que se ponga inmediatamente en contacto conmigo, porque el asunto es de la mayor importancia.

La voz de la secretaria perdió su tono impersonal para hacerse más intensa.

—¿Cuándo vio por última vez al señor Kenney?

—En el entierro de mi hermano André.

—Aguarde un momento, por favor.

Se puso un hombre.

—Soy el secretario de Embajada y estoy al corriente del asunto, señor. Si usted quiere puede hablar conmigo. Represento igualmente al Gobierno de los Estados Unidos.

—Lo siento, amigo. Con Kenney mismo o no hay trato. Él me hizo una oferta acerca del buen nombre de mi hermano André. Quiero que lleguemos a un acuerdo.

—¿Dinero? —preguntó con cierto deje de desdén la voz del funcionario.

—No, no es eso. No necesito los dólares del «Plan Marshall» ni quiero entrar dentro de la «Alianza para el Progreso». Quiero que Kenney escriba un artículo para la Prensa, o al menos que lo firme él mismo. Quiero llegar a un acuerdo personal con él. Dígame dónde está.

—Desgraciadamente, es cierto que se halla en Londres —dijo el funcionario con tono cortés—. Mi secretaria no le ha engañado. Tiene que prestar allí declaración como testigo contra unos espías a los que se está juzgando en Old Boiley. Su testimonio es de vital importancia, porque él fue uno de los hombres que practicaron la

detención.

—¿Y no puede regresar en el primer avión?

—Me temo que ello será difícil. Como testigo citado por el Tribunal, está a disposición de este, y debería pedir un permiso especial. Pero tiene que estar de regreso aquí mañana mismo. ¿No puede esperar un día?

Marcel respiró hondamente.

Claro, esperar un día...

¿Por qué no?

—Desde luego, el problema puede aguardar veinticuatro horas —dijo—. Si es seguro que míster Kenney ha de estar aquí mañana, aguardaré. ¿Cómo podré ponerme en contacto con él?

—No hay problema... Llame a la Embajada.

—Lo haré, gracias.

Marcel colgó.

Le parecía haberse quitado un inmenso peso de encima, y en cierto modo se sentía más puro, más digno y más útil a la humanidad después de lo que había hecho.

Pagó la cerveza y el aguardiente y salió a la calle.

Tenía sueño. Ahora que la tensión de sus nervios había disminuido, se sentía reventado.

Lo mejor sería ir al hotel y dormir unas horas. Veinticuatro horas seguidas si hacía falta. Tenía tiempo de sobra hasta que Kenney se dignase regresar de Londres.

De pronto se detuvo.

¿El hotel?

¿Quién podía garantizarle su vida, si hacía eso? ¿Quién podía garantizarle que no existían soplos en la propia Embajada de los Estados Unidos? ¿Quién le aseguraba que dentro de una hora no iba a recibir la visita de alguien dispuesto a averiguar a toda costa qué era lo que él tenía que tratar con el agente Kenney?

La posibilidad era evidente.

Marcel sabía lo bastante de las sordideces del espionaje internacional para haberse dado cuenta ya de que sus agentes proliferan de un modo extraordinario en el secreto de las embajadas. Teóricamente, el secretario yanqui en Bruselas podía ser un agente de la U.R.S.S. o del Gobierno de Pekín, y el secretario soviético podía estar a sueldo del Pentágono. Parecía increíble, pero

la única persona de quien podía fiarse en Bruselas era el propio Kenney.

Uno de los hombres a quienes más despreciaba en el mundo por su dureza, por su inflexibilidad, por su carencia total de sentimientos, era, en cambio, el único en quien podía confiar en aquellos momentos.

Pero Kenney aún tardaría en regresar veinticuatro horas.

Mientras tanto, ¿qué hacer?

¿Esperar en el hotel a que cualquiera le robase la cajita de metal y lo eliminara luego del mundo de los vivos?

¿Vagar por las calles de Bruselas como un vagabundo?

No. Lo mejor era cambiar provisionalmente de residencia, hacer que la gente perdiera su pista.

Desde cualquier punto podía llamar a la Embajada americana. Desde cualquier lugar, transcurridas veinticuatro horas, podía ponerse en contacto con Kenney.

Marcel eligió mentalmente el lugar donde pasar aquellas veinticuatro horas: la poética, la dulce, la extraordinaria ciudad de Brujas. La ciudad de los canales y de la niebla, del olvido y la meditación.

Un buen sitio para soñar y para morir.

Y aquel mismo anochecer, sin haber pasado ni siquiera por el hotel a retirar su equipaje, Marcel salió de Bruselas llevando consigo la fatídica cajita.

## QUINTO

**E**STABA en la ciudad de Brujas. Estaba en un hotel tranquilo, quieto, sobre el que parecía descansar toda la paz de la vetusta «Venecia del Norte». Un hotel para soñar, para recordar el plisado, para pensar en esa mujer ideal que uno no llegará a conocer nunca.

Marcel cosió la cajita al forro de su abrigo, para no perderla de ningún modo, y al probarse luego la prenda se dio cuenta de que esta no le caía del todo bien, porque tiraba más de un lado que de otro. Pero llevándola con cierta gracia, no se notaba nada.

Además, Marcel era de esos hombres que saben vestir con distinción, y a los que cualquier prenda sienta perfectamente.

Alto, más bien delgado, con las facciones como talladas a cincel, los hombros anchos, y la cintura leve, hubiera podido trabajar como maniquí masculino de no ser un hombre tan poco superficial, un hombre tan idealista, tan reflexivo y tan quieto.

Una vez convencido de que el secreto de André estaba ya seguro, pensó qué era lo que más le convenía hacer para transcurrir aquellas veinticuatro horas.

¿Dormir? ¿Tratar de olvidar con el sueño todas sus anteriores pesadillas?

No, eso era imposible. Vería en sueños a su hermano André. Tendría otra vez la sensación de que tocaba su cuerpo, de que lo estaba sacando de la caja.

Percibiría el hedor macabro de la muerte.

Lo mejor sería salir y tratar de olvidar. Veinticuatro horas, al fin y al cabo, pasan pronto.

Ni por un momento se le ocurrió abrir la cajita de metal para ver lo que contenía. Aquel no era asunto suyo, y él debía entregar a Kenney la caja tal como la encontró.

Marcel salió, pues, a dar una vuelta por los canales.

¿Quién no ha oído hablar de los canales de Brujas?

¿Quién no ha pensado alguna vez en su misterio, en su suave poesía, en la nostalgia de esas aguas que discurren lentamente a través de una ciudad que parece muerta?

Marcel subió a una de las lanchas que hacen el recorrido. El embarcadero estaba junto a una casa de cristales emplomados, como las que reprodujeron en sus cuadros los pintores flamencos del siglo XVI. Uno esperaba ver salir de allí en cualquier momento a un mosquetero armado, a una hermosa doncella fugitiva o a un burgomaestre con su gorguera y con su capa flotando al viento. Pero nada de eso ocurría.

Se pagaba, se subía a la lancha y en paz. Estamos en el siglo XX.

Después del paseo en barca por los canales y de una visita rápida a los viejos templos de la ciudad, se hizo de noche. Fue entonces cuando Marcel empezó a tener la extraña e incomprensible sensación de que alguien le seguía, de que unos ojos espiaban sus movimientos uno a uno, detrás de las esquinas, donde parecían dormir los siglos.

¿Quién podía ser?

¿Su hermano André quizá? ¿Tienen los muertos algún poder que les es conferido en el otro mundo?

¿Se vengan del que perturba su eterno reposo, del que les saca del ataúd que será su última morada?

¿Es cierta la leyenda de Tutankhamon? ¿Es cierto que han ido muriendo trágicamente todos los que profanaron su tumba?

Bah, tonterías.

—Nadie sigue a nadie en el silencio de las ciudades muertas. Nadie se preocupa de nadie en nuestro siglo, donde lo único que importa es el dinero y lo que se puede conseguir con él.

Pero Marcel no podía evadirse a aquella sensación inexplicable, a aquella creencia de que unos ojos misteriosos iban controlando sus pasos.

Intentó volver al hotel y en el último momento desistió. Sabía que no podría encerrarse allí con sus pensamientos. Sabía que quizá el espejo del armario le devolvería la imagen de André.

¿Pero por qué? Era absurdo.

No tenía que pensar en ello, no debía dar más vueltas a aquellas ideas locas. ¿Por qué no iba a un café alegre? ¿No habría en todo

Brujas un local donde uno encontrase una copa de licor y una chica?

Sí, debía haberlo. Y él lo encontraría.

Fue justamente entonces cuando sucedió.

Fue en ese momento cuando Marcel creyó sentir que el rayo se abatía sobre su cabeza, cuando mil luces —parecidas a las que había visto tras las lápidas del cementerio— dieron vueltas en torno a sus ojos.

Luego todo dejó de tener importancia, todo dejó de existir para él.

## SEXTO

FUE una sensación de muerte, y, sin embargo, Marcel sabía que no estaba muerto. Sabía que no era un rayo lo que se había abatido sobre su cabeza, sino algo mucho más real, mucho más concreto.

Las ideas empezaron a hacerse algo más claras en su cráneo cuando llevaba unos minutos en tierra. Oía voces roncas que se acercaban y se alejaban suavemente, como las mareas. Veía sombras confusas de gentes que estaban en torno suyo.

Sobre todo, sombras de pies.

Muchos pies.

Consiguió abrir del todo los ojos penosamente, y entonces vio mejor lo que estaba en torno suyo. Vio, sobre todo, aquellas piernas.

Las piernas de una mujer. Las piernas más perfectas que había visto en su vida.

Envueltas en medias oscuras, la mujer no las ocultaba apenas, porque estaba acucillada junto a él. Casi toda la extensión de sus muslos y los tirantes del portaligas se apreciaban claramente. Claro que eso solamente él podía verlo, porque estaba tendido en tierra. El resto de las personas que le rodeaban eran apenas sombras grises que parecían flotar en el aire.

La muchacha —porque la mujer de las piernas bonitas no debía tener más allá de veinte años— sollozaba:

—¡Ha sido mía la culpa! ¡Ha sido culpa mía solamente! ¡He estado a punto de matarle!

Hablaba en perfecto francés, y Marcel la entendía sin dificultad. Aun en medio de su inconsciencia, le pareció que aquel francés era el más dulce y armonioso que había escuchado en su vida.

Alguien, seguramente un policía, hablaba excitadamente:

—¡Claro que ha sido culpa suya! ¡Yo lo vi! ¡No respetó el cruce!

¡Conducía usted como una loca!

—Mi coche patinó.

—¡Patinó porque no supo frenar a tiempo!

Las brumas que llenaban aún el cerebro de Marcel se fueron deshaciendo cada vez más rápidamente.

De modo que le había arrollado un coche. De modo que lo que él creyó un rayo debía haber sido el impacto brutal de la luz de los faros contra sus ojos.

Bueno, todo se volvía más vulgar, más prosaico. Le había atropellado un coche y nada más.

Pero, al parecer, la dueña, del coche era la chica.

Y ella sí que no era vulgar.

¡Aquel tipo que se adivinaba ondulante, a pesa, de que ella apenas se movía! ¡Aquellas piernas de diosa!

Marcel se sorprendió al oír su propia voz:

—Quizá no toda la culpa sea de ella. Quizá yo también... me metí bajo las ruedas.

El agente, un tipo bigotudo y solemne, tocado con la anticuada gorra de los policías belgas, se inclinó también sobre él.

En esa nueva postura debía ver también parte de las piernas de la chica, porque el hombre se suavizó inmediatamente:

—¿Dice usted que quizá fue culpa suya? ¿Asegura que la señorita es inocente del atropello?

Antes de responder, Marcel miró la cara de la chica.

Una cara angelical, unos ojos dulces, suaves. Una boca de labios rojos con una sonrisa que parecía implorante.

Y, sobre todo, tenía algo más.

Aquella muchacha estaba unida de un modo misterioso a los recuerdos de Marcel. Él no era capaz de explicárselo en este momento, pero aquel rostro estaba unido a los sueños más dulces de su vida.

De modo que otra vez se sorprendió al oír su propia voz:

—Sí. Aseguro que fue culpa mía.

El policía se inclinó más. La perspectiva, desde el nuevo ángulo de enfoque, debía ser magnífica, y a partir de aquel momento todo fueron facilidades para la chica.

—En ese caso, señorita, no puedo detenerla. Tomo nota de la declaración del lesionado. Lo único que en este caso debo hacer, sin

pérdida de tiempo, es llevarle a un hospital.

—Lo haré en mi coche —prometió ella—. Y enseguida. ¡No perdamos un segundo más!

Ella misma sujetó a Marcel por los pies, levantándole, Marcel fue a decir, cortésmente:

—Deje. Puedo andar yo mismo...

Pero enseguida la cabeza le dio vueltas. Debía haber recibido un golpe tan fuerte que no resistió ni aquellos leves movimientos. Perdió el sentido cuando el policía lo sujetaba por debajo de los hombros. Volvió a recobrarlo cuando le tendían en el asiento posterior del coche.

El agente mascullaba:

—Desde luego, yo voy también. Este hombre puede morir, y en ese caso, señorita, todo será distinto.

El automóvil se puso en marcha. Debía ser un coche deportivo, porque el motor rugía apenas se le daba gas, y sus reprises eran alucinantes.

El policía empezó a tomar notas para su atestado.

—¿Puede usted hablar? —preguntó, mirando directamente los ojos abiertos de Marcel.

—Sí... Creo... que sí.

—¿No se dio cuenta de que el coche llegaba?

—Fui a pasar... no vi nada.

—¿Es que iba distraído??

—Creo... creo que sí.

El agente tomaba notas del modo que le permitía la velocidad del coche, es decir, con mala letra.

—¿Se da cuenta de que con sus palabras disculpa totalmente a la señorita? —preguntó.

—Dudo... que ella tenga más culpa que yo.

Desde el volante, la voz dulce de la muchacha dijo, con tono velado por la emoción:

—Gracias.

—¿Es que lo hace usted por galantería? —preguntó de nuevo el policía, mirando a Marcel—. ¿Sabe que el atropello puede ser grave?

—Si lo es, nada remediaré acusando —susurró Marcel.

—¿Qué se está tocando usted? ¿Le hace daño el costado?

Marcel retiró velozmente el codo con que se estaba palpando la cajita de metal cosida al forro de su abrigo.

Durante un segundo había pasado por su cerebro la idea de que tal vez se la habían robado aprovechando el atropello. Pero no. La cajita estaba allí. Tan pesada como siempre. Intacta.

—Precisamente ese es el único sitio donde no me duele... —farfulló Marcel, no queriendo llamar la atención hacia aquel punto—. En cambio, la cabeza...

—Debe usted haber sufrido una gran conmoción, porque tiene los ojos turbios —dijo el policía—. Me extraña que pueda hablar.

—Me cuesta trabajo...

En aquel momento, la muchacha indicó:

—Ya llegamos.

Por lo que Marcel podía ver desde su sitio, el hospital era blanco, inmaculado, moderno. La muchacha descendió, seguramente para ir a llamar a los camilleros. Estos acudieron apenas un minuto más tarde.

Antes de que sacaran a Marcel, el policía susurró:

—¿Tiene usted algún documento de identidad? Lo necesito para unir al atestado.

—Mi pasaporte...

—¿Es usted extranjero?

—Francés.

—Ah, bueno... Por favor, dímelo. Solo lo retendremos veinticuatro horas en la Jefatura.

—En el bolsillo izquierdo... Sáquelo usted mismo. No puedo doblar ese brazo.

—Ajajá... Debe haber fractura. Bueno, aquí está.

El agente se lo guardó. Poco después ayudaba a los camilleros a sacarlo con el mayor cuidado.

—No me quiten el abrigo... —pidió Marcel.

—Cierto —dijo el policía, dándole la razón inconscientemente—. Una precaución elemental. Si sufriese un enfriamiento después del shock, las consecuencias podrían ser graves.

De todos modos le quitaron a Marcel el abrigo cuando estuvo tendido en la mesa de exploraciones.

Un médico de media edad le empezó a palpar los huesos. Y Marcel sintió un dolor tan grande, tan lacerante, que volvió a

perder el sentido.

Cuando lo recobró, debía haber pasado ya mucho tiempo. Pero ya no estaba en el hospital. Se encontraba tendido en el asiento posterior del mismo automóvil, que ahora circulaba por las tranquilas calles de Brujas a escasa velocidad.

Y la muchacha lo conducía. Viajaban los dos solos.

## SÉPTIMO

—¿A dónde me lleva? —susurró Marcel—. ¿Dónde estamos?

La cabeza le daba vueltas y notaba que apenas podía moverse, pero su cerebro estaba despejado y empezaba a funcionar con rapidez.

Ella volvió apenas la cabeza para decir:

—Está en mi coche. Es el mismo con el que le he atropellado.

—¿Y a dónde me lleva?

—A mi casa.

—¿Cómo?...

Marcel se había llevado una mano a la frente, no pudiendo creer en aquellas palabras.

—Digo que le llevo a mi casa porque allí podrá curarse más rápidamente.

—¿Pero por qué? ¿Tan mal estoy? ¿Es que me lleva a su casa para que no muera en una cama de hospital?

La risa suave y confiada de la muchacha le sacó de dudas.

—¡Oh, no! Si han permitido que no se quedara allí, es porque se encuentra usted bastante bien. Solo tiene un hueso de la cadera astillado, y no podrá moverse en una semana. Le han puesto un vendaje elástico.

—¿Entonces no ha sido nada grave?

—Pudo haberlo sido, pero no tiene ninguna lesión importante. Aunque no crea que todo va a ser un camino de rosas. No le va a quedar más remedio, repito, que estarse diez días quieto.

—¿Por qué no me ha dejado en el hospital?

Ella volvió a reír suavemente, sin duda para intentar animarle.

—Le hubiese costado a usted mucho dinero, y yo me considero obligada a atenderle hasta su total curación. En principio, los

hospitales no son aquí gratuitos para nadie... Claro, que si usted prefiere estar en uno de ellos, yo puedo regresar y abonaré todos los gastos.

Marcel hizo un gesto suave con la mano derecha.

—Por Dios... ¿cómo puede pensar eso? ¿No habría mil hombres que se dejarían atropellar con tal de que usted les acompañase?

—¿Ve como está bien? Ya tiene ganas de piropearme y todo.

—Supongo que usted debe estar acostumbrada a eso.

—No lo crea. Ese es un error en que incurren muchos hombres cuando ven a una chica que les parece atractiva. Tienen la sensación de que los hombres han estado asediándola desde que cumplió catorce años, y casi nunca es así. Por ejemplo, yo soy muy retraída y muy tímida.

Marcel se acomodó mejor en el asiento, a pesar de que le dolía todo el cuerpo. Desde luego notaba que le habían puesto una faja en la cadera, porque sentía como si todo el centro de su cuerpo estuviera rodeado por una coraza.

—¿Puedo preguntar su nombre?

—¿Por qué no? Me llamo Judith Fersen.

—¿Belga?

—Sí.

La muchacha se volvió otra vez ligeramente, mientras disminuía la velocidad del coche.

—En cuanto a usted, ya sé cómo se llama —susurró—. He ayudado a llenar su ficha médica en el hospital, mientras estaba sin sentido. Responde al nombre de Marcel Brion, es escritor y vive en París. Todos estos datos figuraban en el documento de identidad que llevaba el policía. Ha estado usted sin sentido cerca de una hora.

—¿Y usted ha... ha... estado...?

Ella volvió a reír suavemente otra vez, con aquella risa contagiosa y alegre.

—¿Pregunta si he estado delante? Sí, e incluso he ayudado a ponerle el vendaje. Pero no se asuste, porque he visto a muchos hombres en esas condiciones. Soy enfermera especializada en traumatología, y esa es otra de las razones de que le lleve a mi casa. Sé que podré cuidarle.

—De todos modos, no resulta agradable... —susurró Marcel.

—¿Por qué no? —repuso ella con indiferencia—. Es usted un hombre joven y bien constituido...

Marcel echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, mientras se sentía infinitamente cansado. He aquí que iba a vivir una extraña y deliciosa aventura, una aventura en la que no pudo ni soñar cuando decidió trasladarse a Brujas. Algo inquietante, pero maravilloso, que empezaba después de estar una hora sin conocimiento...

De pronto se sobresaltó.

«¿Sin conocimiento? ¿Una hora?»

Como no sentía nada en muchas partes del cuerpo, se palpó rápidamente para ver si notaba el contacto de la cajita metálica. Y notó que, efectivamente, estaba allí. Seguía cosida al forro del abrigo, tal como él la pusiera.

No la había tocado nadie.

Judith, que miraba por el retrovisor, musitó:

—¿Le ocurre algo?

—No, no me sucede nada. Gracias...

—Mire, ya llegamos.

Marcel contempló el paisaje a través del parabrisas. Estaban evidentemente fuera del casco urbano de Brujas, aunque muy cerca de la ciudad y sin haber abandonado ni por un momento la carretera principal. Ahora estaban llegando a lo que parecía ser una especie de colonia veraniega o barrio residencial, formado por pequeños chalets rodeados de jardines y de árboles.

Por lo que podía apreciarse a la luz de la luna, la perspectiva de las casas era magnífica.

Resultaba uno de esos barrios tranquilizadores y bucólicos con que sueñan los ajetreados habitantes de las grandes ciudades, uno de esos sitios donde dos enamorados querrían ocultar su amor para siempre.

Y él iba allí con una chica como Judith Fersen, quizá la mujercita más maravillosa que había visto jamás.

Era, sin duda, la aventura más incitante y hermosa de su vida entera.

—Pero hay un inconveniente —dijo, siguiendo en voz alta el hilo de sus pensamientos.

—¿Qué inconveniente?

—Usted vive sola, tal vez. En ese caso no podría aceptar su

hospitalidad.

Judith volvió a reír, ahora más brevemente.

—Es usted un caballero de la vieja época, según veo. No desea dañar a una muchacha en su reputación, aunque esta le haya dañado a usted en los huesos. Pero no tema. Vivo con un ama de llaves.

—Creí que eso de las amas de llaves había pasado a la historia —susurró Marcel—. Que se había acabado para siempre después de la novela Rebeca.

—Una chica soltera necesita vivir con alguien, aunque solo sea por el «qué dirán» —suspiró ella—. Y mi ama de llaves es de toda confianza. Sirvió antes a un cura que murió. Es una mujer algo agorera y siniestra, que solo despierta de verdad el día de Difuntos, pero a las pocas horas se dará usted cuenta de que resulta la persona más buena y servicial del mundo.

Detuvo el coche ante uno de los jardines.

—¿Hemos llegado?

—Sí, aquí es.

A pesar de la noche, la casa se distinguía bien. Era una de las mejores en aquella magnífica colonia. Estaba construida en estilo normando y tenía dos pisos. A pesar de ser nueva, era de esas casas que tienen «clase». Marcel lamentó no ser lo bastante rico para poseer una finca así.

—¿Es suya?

—Sí. Toda. Desde los cimientos hasta el techo.

—Entonces debe ser usted muy rica...

Marcel se había ido fijando en algunos detalles que confirmaban aquella impresión. Por ejemplo, el automóvil que conducía la muchacha era un «Jaguar» semideportivo, y un «Jaguar» cuesta un fortunón hasta en los países más liberales del mundo. Y el abrigo que ella llevaba sobre los hombros era de excelente piel.

—Me siento avergonzado —farfulló Marcel.

—¿Por qué?

—Demasiado lujo para mí. Yo no soy más que un modesto escritor.

—No diga tonterías.

—¿Tonterías?

—Verá, su nombre no me es del todo desconocido —susurró ella

—. He ido recordando mientras estábamos en el hospital, y creo haber visto sus novelas en todas las librerías. Sus escritos se traducen bastante, y no hay duda de que gana usted dinero.

—Sí, pero...

Ella le interrumpió.

—Entre nosotros dos hay, además, una radical diferencia, amigo mío. Yo heredé una bonita fortuna de mis padres y la estoy dilapidando, con lo que dentro de diez años me veré obligada a pedir limosna o a remolonear por los cafés.

—Por Dios, no diga eso.

La exclamación le salió a Marcel del alma. No podía concebir a aquella muchacha ultrajada por las manos ansiosas de cualquier tripudo burgués que la hubiese comprado por dinero. El pensamiento se le hacía irresistible.

Ella añadió, velozmente:

—Veo que es usted una excelente persona, pero eso no me impide decirle la verdad. Estoy dilapidando una fortuna y la verdad es que no sé hacer gran cosa para recuperarla. Usted, en cambio, se está creando un nombre y una posición. Es muy joven todavía y, sin duda, ganará mucho dinero. Dentro de diez años podrá invitarme a su casa, que será muchísimo mejor que esta, si es que entonces no me considera indigna.

—Por Dios, le ruego que no siga diciendo esas cosas.

A Marcel aquella súplica le seguía saliendo del alma. Se le notaba en la voz.

¿Cómo podía él avergonzarse alguna vez de una muchacha tan maravillosa? ¿Cómo podía suponer que un día no la considerase una compañía digna?

Ella le había atropellado, cierto, pero atropellos los hay a miles en las grandes ciudades. Y ahora se estaba comportando con él como una hermana o como una madre. Realmente, no solo era la mujer más bella, sino quizá también la más bondadosa que había conocido nunca.

A todo esto, ya se apreciaban síntomas de animación en la casa.

Judith había hecho sonar el claxon dos veces, mientras enviaba ráfagas de luz a las ventanas, y una de estas se había abierto. Luego se abrió también la puerta, y una figura femenina avanzó hasta la cancela del jardín, dejando libre el paso.

El coche arrancó de nuevo y se detuvo ante la entrada de un garaje. La mujer que había abierto les siguió a poca velocidad, pero se situó enseguida a su lado porque la distancia era corta.

Marcel pudo verla bien.

Era la típica mujer de quien uno piensa que ha sido el ama de llaves de un cura. Severa, algo huesuda, cincuentona, vestida sobriamente y con una mirada bondadosa en los ojos.

Pareció sorprenderse mucho al ver que Judith traía un acompañante.

—Ayúdeme, Therése —dijo la muchacha, descendiendo—. He tenido la desgracia de atropellar a este caballero. Vamos a llevarlo al cuarto de huéspedes.

—¿Pero es que va a quedarse aquí?...

—Solo un día —se creyó obligado a decir Marcel—. Mañana ya podré andar.

—¿Mañana? —sonrió Judith—. ¿Es que ya ha olvidado lo de los diez días? Si quiere convertirse en un contrahecho y que el hueso se le salga de sitio, pruebe a levantarse antes. Vamos, puede apoyarse en nosotras dos. No tenga ningún reparo; somos fuertes.

Marcel se apoyó.

Resultaba un contraste extraño notar a un lado los huesos del ama de llaves y al otro las morbideces turbadoras de Judith. Era como tener a la izquierda la vida, a la derecha la muerte. A Marcel, no supo bien por qué, el pensamiento le sobrecogió.

Entraron en la casa.

## OCTAVO

MARCEL notaba que había empezado a acometerle la fiebre, porque veía las cosas borrosamente y porque los sonidos llegaban a sus oídos después de atravesar algo así como una muralla de algodón.

Le costaba andar. Necesitaba apoyarse en las dos mujeres cada vez con más gravedad.

Sin duda, el impacto del accidente había sido brutal, y solo debía el seguir vivo a su juventud y a su fortaleza física. Pero Judith había tenido razón al hablarle de los diez días de cama.

Se encontró, de pronto, en una habitación grande, amueblada con piezas de color claro y con alegres cortinajes. Había dos camas, y desde la ventana se divisaba una magnífica perspectiva de las luces de Brujas. Debían estar en la planta superior, aunque él no recordaba haber subido unas escaleras.

La fiebre le dominaba, le acometía. Empezaba a sentir vértigo.

—Siéntese —aconsejó Judith.

Se encontró medio tendido en una de las camas, precisamente aquella desde la que se divisaban las luces de Brujas con más perfección.

—Deberá desnudarse —aconsejó Judith con voz dulce—, pero podrá hacerlo usted solo, si quiere. Yo le dejaré un pijama que fue de mi padre y usted se lo pondrá. Creo que será capaz de hacerlo todo sin levantarse de la cama. Pero si necesita algo, me llama. No sienta vergüenza. ¿Le he dicho ya que soy enfermera titulada?

Empezó por quitarle el abrigo, sin que él se resistiera; y fue a colgarlo en uno de los armarios empotrados. Pero, de pronto, se detuvo.

—Esto pesa mucho, ¿puede un abrigo pesar tanto?

Marcel farfulló:

—Llevo... muchas cosas en los bolsillos.

—¿Los bolsillos?

Marcel creyó que ella iba a registrar el abrigo, y por unos instantes el calor de la fiebre desapareció para dejar paso a un sudor helado. Si ella descubría la cajita, ¿qué explicación iba a darle? Pero la muchacha se limitó a encogerse de hombros y a colgar el abrigo tranquilamente, cerrando después la puerta del armario.

Marcel sintió que la tensión disminuía, que una suprema tranquilidad le envolvía, pero al mismo tiempo se desvanecieron también sus fuerzas.

No podía ni siquiera estar sentado.

¡Y el lecho parecía tan blando, tan acogedor, tan suave!...

Se dejó caer de espaldas en él, con los ojos cerradas, y perdió el sentido.

## NONO

**D**ESPERTÓ con la sensación de que no habían transcurrido más allá de unos minutos, porque estaba en la misma cama, seguía siendo de noche y a través de los cristales continuaba divisándose una magnífica perspectiva de las luces de la ciudad de Brujas.

Lo único que había cambiado era el que ya no estaba vestido con sus ropas. Le habían puesto un anticuado pijama a rayas que le caía bastante grande, y estaba cubierto hasta el cuello con las ropas de la cama. Pero se sentía muy bien, y la sensación de descanso era casi inefable. Incluso hubiese jurado que sentía hambre.

Miró, con una cierta sensación de alarma, hacia el lugar donde Judith había colgado su abrigo, y lo vio igual que antes, incluso con las mismas arrugas. Seguro que no había sido tocado nada.

Fue en aquel momento cuando entró Judith.

Judith usaba un maravilloso vestido de punto que se ceñía a sus formas esculturales como si fuera una segunda piel. A cada paso se balanceaban sus caderas de una forma que llegaba a hacerse obsesionante. Sus senos subían y bajaban al compás de una respiración algo jadeante, quizá porque había ascendido corriendo las escaleras. Iba peinada de una manera moderna, llevaba medias oscuras y zapatos de alto tacón.

Pareció sorprendida al verle despierto.

—Marcel... —susurró.

—Es usted increíblemente rápida, Judith.

—¿Increíblemente rápida? ¿Por qué?

—En los pocos minutos que llevo sin sentido, se ha puesto ese vestido que antes no llevaba. Y permítame decirle que está maravillosa.

Judith le miró como si estuviese contemplando poco menos que a un alucinado.

—¿Dice que... han transcurrido solo unos minutos?

—¿Es que no es así?

Judith le siguió mirando, asombrada, durante unos instantes más; pero al fin comprendió y lanzó una carcajada.

—Ya veo... —susurró, cuando hubo pasado su acceso de hilaridad—. Usted cree que estamos en la misma noche de su llegada... Pero se equivoca de medio a medio, amigo mío. Han transcurrido nada menos que veinticuatro horas. Esta es la noche que sigue a la del accidente, ¿comprende? La otra.

—No... no es posible...

—Ha dormido usted veinticuatro horas seguidas.

—¿Es que me administraron algún calmante?

—Le dimos un tranquilizante durante una brevísima fracción de tiempo en que recobró algo de lucidez, pero lo máximo que hubiera dormido con él habrían sido ocho horas. Si ha estado tanto tiempo inconsciente es porque sufrió algo de conmoción cerebral. ¿Cómo se siente ahora?

—Muy descansado.

—Es natural, ¿no? ¿Y no siente apetito?

—Ahora que usted me lo recuerda, le confieso que sí.

—Le prepararé algo.

Judith fue a alejarse, pero Marcel retuvo una de sus manos instintivamente, sin darse exacta cuenta de lo que hacía.

—Judith...

Ella se volvió. Había una luz extraña y dulce en sus ojos.

—¿Qué, Marcel?

—¿Me ha cambiado usted de ropas?

—¿Por qué no me tratas de tú? ¿No es lo más natural, si vas a vivir unos días en mi casa?

—Está bien, Judith. ¿Me has cambiado tú de ropas?

—Sí.

Marcel no pudo evitar un ligero malestar.

—¡Qué tontería! He visto a muchos hombres en las salas de operaciones. No creerás que tú me has emocionado, ¿verdad?

Marcel se mordió el labio inferior.

—No, ya supongo que no.

—Entonces deja de pensar en ello. Ya habrás notado que no te sienta bien el pijama, ¿verdad? Era de papá. Por cierto, te tengo

preparado un poco de caldo. Voy a subírtelo.

Se desprendió de la mano de Marcel y descendió a la planta baja. Hasta el taconeo de sus zapatos en los peldaños le pareció dulce y obsesionante al hombre; le pareció un taconeo lleno de incitaciones y de sentidos ocultos.

Sin embargo, cuando la muchacha regresó minutos más tarde, con una humeante bandeja, encontró a Marcel desasosegado e inquieto. Hasta había un sudor frío en sus sienes.

—¿Qué te ocurre, Marcel?

—¿Es seguro que han transcurrido ya veinticuatro horas desde que entré en esta casa?

—Seguro. ¿Por qué iba a engañarte?

—Dios santo, entonces hay que obrar con rapidez...

—¿En qué? ¿Qué es lo que hay que hacer?

—Tenía que hacer una llamada importante. Una llamada a la Embajada de los Estados Unidos en Bruselas.

—Bueno, eso no tiene tanta importancia. Puedo encargarme yo, ¿no?

—¿Te sería posible?...

—No hay nada más sencillo. Me das el número, llamo, digo lo que sea y en paz.

Marcel encontró muy razonable la idea. Y se dijo que en la muchacha había hallado una especie de ángel salvador.

—El número no lo recuerdo, pero tiene que estar en la guía.

—Seguro. Y nada más fácil que encontrarlo. ¿Por quién tengo que preguntar? ¿Qué es lo que he de decir? Supongo que no habrás pensado hablar con el embajador en persona.

—No. Tienes que preguntar por un fulano llamado Kenney.

—¿Quién es Kenney?

—Oficialmente un consejero, pero en realidad se trata de un *gun-man* a sueldo del Gobierno. Preguntas por él y se pondrá sin dificultad, porque, seguramente, está esperando mi llamada. Y le dices esto. Recuérdalo bien.

—Lo recordaré.

—Le dices —musitó él, después de una pausa— que llamas de parte de Marcel. Eso será suficiente. Le das la dirección de esta casa y le dices que me interesa ponerme en contacto con él inmediatamente. Que si puede venir. Supongo que no te importará

que reciba una visita, ¿verdad? Serán cinco minutos.

—No. Claro que no me importa.

La expresión de la muchacha era indiferente, aunque se advertía en sus ojos un vehemente deseo de ayudar a Marcel.

—¿Lo hago ahora? —añadió.

—Cuanto antes mejor.

—Perfecto. Precisamente el teléfono está en el pasillo, muy cerca de la habitación. Así podrás oír lo que digo, por si me equivoco en algo.

Fue a salir. Marcel la llamó de nuevo.

—Judith...

—¿Qué?

Ella se había vuelto con una sonrisa. Su figura de diabólica perfección parecía llenar la habitación, parecía llenar el mundo entero.

¡Aquel vestido que se ceñía a sus formas, acariciándolas!  
¡Aquellas medias que convertían sus piernas en una obsesión!  
¡Aquellos zapatos altísimos que la hacían parecer una estatua de carne colocada sobre un pedestal...!

Marcel sentía que tenía la boca seca, que le costaba hablar.

—¿Qué...? —insistió ella, con una suave sonrisa.

—¿No podría hacerlo yo? ¿No crees que puedo levantarme?

—Sería una locura.

—Es que apenas siento dolor.

—Porque llevas un vendaje muy sólido. Pero no intentes forzar la cadera o va a ser peor que si te atropellasen de nuevo.

—Entonces gracias por todo, Judith. De veras, gracias...

Ella dijo solamente, por entre sus labios entornados:

—Tonto...

Salíó dejando tras ella como una estela, como una aureola que se fundía lentamente.

\* \* \*

La sensación de bienestar había llegado hasta el fondo de los nervios de Marcel. La sensación de no haber conocido nunca a una mujer como aquella, de estar viviendo la aventura más apasionante de su vida como un licor que le emborrachaba, que parecía elevarle por los aires dulcemente.

¿Era posible que llegase a existir algo entre los dos? ¿Era posible que él y Judith...?

La suave voz de la muchacha cortó sus pensamientos, después de oírse el ruido característico de una mano al discar.

—¿Embajada de los Estados Unidos?

—Perdone lo intempestivo de la hora. De parte de un caballero llamado Marcel, deseo hablar urgentemente con un consejero de ustedes llamado Kenney. Supongo que él ya espera esta llamada.

—¿Dice que no está? ¿Que va a ponerme con un compañero?

Transcurrieron unos minutos, durante los cuales la muchacha debió escuchar atentamente lo que decían desde Bruselas. Al fin añadió con desencanto:

—No, no... Yo tengo que hablar con el propio míster Kenney. Además es importante. ¿Cuándo dice que puedo insistir? ¿Mañana?

—Muy bien. Entonces hasta mañana a esta hora.

Colgó. Un minuto más tarde entraba en la habitación, con paso lento y cansino.

—No creo que haya podido servirte de mucha ayuda, Marcel. Tu amigo no está.

—No es mi amigo.

—Bueno, pues tu compañero o lo que sea. Parece que no podrá encontrársele hasta mañana por la noche.

—Diablos, entonces se le ha debido retrasar el viaje de Londres...

—¿Londres? No me lo han dicho claramente, pero me ha dado la sensación de que ese tal Kenney estaba fuera del país.

Marcel volvió a morderse el labio inferior.

—No habrá más remedio que esperar, aunque...

—¿Era muy importante? ¿Quieres que vaya yo a Bruselas en mi coche? La carretera es excelente y en hora y media me planto allí. Hay cosas que no pueden resolverse por teléfono.

—No, gracias. Tampoco resolveríamos nada. He de hablar con Kenney personalmente.

—No estarás metido en ningún lío, ¿verdad, Marcel?

En el acento de la muchacha latía un tal matiz de preocupación que Marcel se sintió conmovido. La sonrisa afloró a sus labios sin que él mismo se diera cuenta.

—Nadie tiene líos con la muy honorable Embajada de los

Estados Unidos de América. Además, es un asunto personal entre Kenney y yo.

—Pero si quieres que vaya a Bruselas...

—Gracias, Judith. Me gustaría haber resuelto este asunto, pero ya que las cosas están así esperaré otras veinticuatro horas.

De pronto ella, se fijó en la bandeja intacta, que había dejado sobre la mesilla.

—No has comido nada...

—Esperaba el resultado de la conferencia. Por cierto tengo que pagártela yo. Además...

—¿Además qué...?

—Me resisto a que una mujer tan hermosa como tú me cuide, Judith.

Ella se acercó. Ella estaba en la puerta y volvió lentamente sobre sus pasos. Palpitaba en sus ojos aquella extraña y dulce mirada que Marcel sabía no iba a encontrar en ninguna otra mujer del mundo.

Judith no hizo nada, excepto estrecharle la mano. Pero hubo tanta ternura, tanto calor en aquel contacto, que Marcel sintió que algo nuevo —y quizá terrible— había nacido en su vida.

Luego Judith volvió a alejarse lentamente, desapareciendo tras la puerta.

## DÉCIMO

AQUELLA habitación tenía ambiente, tenía calor de hogar. Marcel sentía como si hubiese estado allí su vida entera, como si Judith fuese ya algo entrañable en él y como si hubiese de continuar siempre en aquel ambiente.

Las luces de la ciudad de Brujas titilaban en la lejanía. El ambiente era cálido, dulce. A pesar de sentir que el cuerpo entero le dolía, Marcel se dijo que nunca había vivido unos momentos tan deliciosos como aquellos.

Lástima que todo terminaría. ¿O serían más graves sus heridas de lo que pensaba? ¿Podría estar quizá en aquella casa algunos días más de los diez previstos en principio?

¿Y Judith? ¿Qué haría Judith, cuando él se fuese? ¿Olvidarle tal vez? ¿Casarse con un honrado comerciante que la cargara de hijos? ¿Recordarle quizá con nostalgia en las noches de insomnio?

Marcel la oía trajinar no lejos de allí, en la planta baja, donde seguramente estaban la cocina y los servicios. Oía rumor de vajilla, el pitido de una olla a presión, el runrunear de una tetera que estaba ya demasiado caliente... Todo ello acentuaba aquella sensación de hogar que lo envolvía todo, que hacía más dulces los recuerdos y más llevadero el dolor.

Quizá porque Marcel no había tenido nunca un verdadero hogar, sentía con más fuerza la intimidad del ambiente en que se encontraba ahora. Quizá por eso era más sensible a la dulzura que le rodeaba: porque la había deseado siempre. Porque en el fondo siempre había soñado con una habitación como aquella y una mujer como Judith.

Intentó moverse. La cadera casi no le dolía gracias al vendaje, pero todo su cuerpo estaba aún tan vapuleado como si acabara de salir de un combate de lucha libre. Debía haber recibido, además,

un buen golpe en la cabeza, porque aún sentía zumbidos detrás de los oídos.

¡Sin embargo era tan dulce todo, tan maravilloso...!

Hasta que de repente, en solo fracciones de segundo, la decoración cambió.

Hasta que todo se convirtió en una alucinante pesadilla.

Hasta que resonó aquel grito de horror que hizo temblar las entrañas mismas de la casa.

## DECIMOPRIMERO

MARCEL se estremeció. Fue como si todos sus músculos sufrieran una brutal sacudida.

¡Era Judith la que había gritado!

¡Judith!

¡Alguien intentaba algo contra la muchacha!

Marcel se puso en pie casi de un salto, olvidando su dolor. Pero al poner ambos pies en el suelo sin ninguna precaución, sintió un alucinante pinchazo en la cadera. Quedó un momento quieto, sin respiración, mientras el grito se repetía.

¡Seguro que era Judith! ¡Judith pedía socorro!

A partir de ese momento todo fue como un sueño irreal para Marcel. Se encontró corriendo por un largo corredor que no conocía, se encontró asiéndose con ambas manos a la gruesa baranda de unas escaleras, y se vio a sí mismo reflejado en un enorme espejo, mientras descendía poco a poco los peldaños, sintiendo a cada nuevo movimiento un pinchazo en el fondo mismo de sus huesos.

El grito no se había repetido, pero ahora se escuchaban rumores de lucha. Judith, sin duda, se estaba defendiendo de alguien. Y fueron aquellos rumores de lucha los que guiaron a Marcel.

Alguien se peleaba en una habitación de la planta baja, seguramente la despensa o la cocina.

Todo en la casa era enorme, suntuoso y rico. A Marcel le pareció que tardaba siglos en llegar a la planta baja, en esquivar los muebles y en recorrer un largo pasillo que era gemelo del que había en el piso superior.

Tuvo la sensación de que flotaba en el aire, de que los muebles oscilaban en torno suyo, de que a cada nuevo paso surgiría una mesa, una silla capaz de derribarle por tierra. Apoyándose en las

paredes, jadeante, sintiéndose envuelto en una extraña niebla, llegó por fin a la cocina.

Y vio allí a Judith.

La lucha, al parecer, había terminado.

Marcel distinguió como entre sueños la ventana abierta de la cocina, cuyas hojas oscilaban a la fresca brisa de la noche. Vio unos muebles derribados e incluso una gran marmita cuya agua hirviendo se había derramado por el suelo, con riesgo de abrasar a alguien.

Pero eso lo distinguió de una manera irreal. Lo único que quedó perfectamente plasmado en sus ojos fue la imagen de Judith.

Aquella imagen era terrible y a la vez maravillosa.

Marcel se quedó quieto en la puerta, aturdido, sintiéndose tan cansado que el aire le escocía al penetrar en los pulmones. Pero sin embargo, nunca se había sentido tan exaltado, tan maravillosamente lúcido como en aquellos momentos.

Alguien había despeinado brutalmente a Judith, causándole hematomas en el cuello y en el rostro.

Le había desgarrado las ropas, y la muchacha, medio tumbada en el suelo, descubría casi enteramente la inquietante intimidad de sus prendas interiores.

Ni en los dibujos de las novelas semipornográficas que se publicaban en su país había visto Marcel nada tan hermoso, tan sugestivo y tan incitante.

Pero todo se evaporó como el humo cuando Judith pareció salir de su ensimismamiento y clavó sus ojos asombrados en él.

—¡Tú...! —balbució.

Marcel dio otro paso, sin soltar aún del todo la jamba de la puerta.

—¿Qué ha ocurrido, Judith? ¡Por Dios, habla!

—Ha sido horrible...

—¿Qué es lo que ha sido horrible? ¡Explícate de una vez!

Pero ella, una vez parcialmente recuperada, parecía preocuparse más de Marcel que de sí misma.

—¿Cómo has llegado aquí? ¡Estás herido!

—Creí que estaba peor. Después de todo, aún puedo moverme.

—¡Pero vas a estropearlo para dos meses!

—¡Por Dios, Judith, eso no importa ahora! ¡A ti han estado a punto de matarte y aún te preocupas por si corro peligro de resbalar

o no! ¡Dime qué ha ocurrido! ¿Quién te atacó?

Ella señaló maquinalmente la abierta ventana, que daba de forma directa sobre los cuidados parterres del jardín.

—Ha escapado por ahí...

—Ya me lo he imaginado nada más ver esa ventana abierta. ¿Pero y Therése? ¿Dónde está Therése?

—Ha ido a la ciudad a comprar algún somnífero. Ya no tenías y temí que no pudieras descansar esta noche.

Solo aquellas palabras hicieron que Marcel se sintiese aún más culpable de lo ocurrido. Miró a Judith con ojos turbios.

—¿Pero quién te ha atacado? ¿Ladrones?

—No.

—¿Entonces...?

—No me obligues a explicártelo, Marcel.

Marcel necesitó parpadear un par de veces, sintiendo que la cabeza le daba vueltas.

—¿Es que conocías al que te ha atacado?

—Sí...

—¡Es absurdo! ¡Por Dios, Judith, explícate!

—No me obligues a hablar de eso. Te lo ruego.

Marcel estaba acostumbrado a reflexionar con cierta rapidez. Comprendió que la muchacha estaba aturdida y que no la sacaría de aquella posición con nuevas preguntas. De modo que fue hacia un rincón de la inmensa cocina, donde había visto una botella de coñac «Martell».

Debía estar muy ridículo con aquel pijama demasiado grande —pensó—, pero eso no importaba ahora. Lo único interesante era ayudar a Judith.

Vertió en un vaso limpio una buena ración de coñac, se acercó a la muchacha y se lo hizo tragar lentamente.

El seco y ardiente licor pareció animar a Judith, que al cabo de unos instantes estuvo incluso, en situación de ponerse en pie.

Pareció entonces darse cuenta del estado de sus ropas. Maquinalmente se tapó con ambas manos una comprometida zona —enloquecedora para el hombre— donde empezaba la piel desnuda del muslo y terminaba la media.

Él masculló:

—Por Dios. Judith... yo... yo no me fijaba en eso.

—Te creo, pero no puedo quedarme así. Perdóname, por favor.

Salió de allí, andando rápidamente, y momentos después volvía envuelta en una larga bata de casa. Se dio cuenta de que Marcel estaba pálido.

Ahora fue ella la que susurró:

—No has debido hacer ese esfuerzo. ¿Puedes subir hasta tu dormitorio?

—Creo que no estoy tan mal como parece.

—Porque ahora estás excitado y te parece que no sientes nada, pero dentro de poco te darás cuenta de que has hecho una barbaridad. Ven, yo te ayudaré.

Marcel susurró:

—Por favor, ya he aceptado bastante ayuda de una mujer.

Y él solo echó a andar otra vez por el pasillo, hasta llegar a la escalera. La muchacha le seguía muy de cerca, seguramente por si le fallaba el pie y era necesario sostenerle.

Marcel se dio cuenta ahora de que todo estaba en orden, y de que la lucha había tenido por escenario la cocina exclusivamente.

Cuando llegaron a la habitación que él ocupaba, se dejó caer en el lecho, sintiendo que los dolores se hacían más fuertes, y se cubrió con las ropas dejando solo los brazos fuera.

Con una mano asió los dedos de la derecha de Judith, que se había sentado en el borde del lecho.

Fue ella la primera en hablar.

—¿Te sientes mejor?

—¿Por qué esa devoción en cuidarme, Judith? ¿No comprendes que me voy a volver loco si sé que soy solamente un fardo molesto para ti? En realidad he visto ya que puedo andar. Haría bien en irme de esta, casa y no causarte más molestias.

—Por favor, no digas tonterías.

—Entonces hazte cargo al menos de que no debes preocuparte tanto de mí. Tú eres lo más importante.

Ella bajó los ojos, como accediendo, pero no contestó. Tuvo que ser él quien hizo más intensa la presión sobre sus dedos.

—Y ahora habla, Judith.

—Te he suplicado que no me hicieses hablar, Marcel.

—No puedo acceder a esa súplica. En realidad lo ignoro todo de ti. No sé ni tan siquiera si eres casada, si estás unida a otro hombre.

—No, no estoy unida a nadie.

Sin saber bien por qué, Marcel sintió como si todo fuera más dulce, más íntimo y más hermoso a partir de aquella declaración.

—¿Entonces quién era el hombre que te atacó? —preguntó al cabo de unos segundos—. Porque doy por descontado que sería un hombre.

—Sí.

—¿Quién era?

Judith pareció luchar consigo misma, como si le costara hablar, y se mordió el labio inferior dos veces nerviosamente. Al fin, susurró, mientras su mirada errabunda se perdía sobre las luces de Brujas:

—Es un hombre que quiere matarme, pero antes...

## DECIMOSEGUNDO

MARCEL sintió que se le secaba instantáneamente la boca.

—Antes... ¿qué? —susurró.

—¿Vas a obligarme a decirlo, Marcel?

—¿Por qué no? ¿No estás en peligro? ¿No puedo yo ayudarte, aunque sea por el momento una especie de tullido?

—Esto es terrible para mí, Marcel.

—Entonces habla. Debes tener confianza en mí. Debes contármelo todo con la máxima claridad.

—Es que parece mentira que no lo hayas adivinado, Marcel. Parece mentira que yo me tenga que ver obligada a explicártelo.

Marcel fue a decir algo, pero ningún sonido surgió de sus labios. Sus facciones enrojecieron súbitamente, y durante unos segundos incluso le fue difícil respirar.

—¿Quieres decir que...?

—Quiero decir que soy una mujer bonita. Al menos es evidente que muchos hombres me consideran así.

—¿Y ese ha intentado...?

—Esta es la segunda vez.

—¡Pero Bélgica es un país civilizado! —tronó de pronto Marcel—. ¡Aquí hay un Código Penal, unos tribunales y una policía! ¡Si alguien ha intentado eso contigo, debes acudir a...!

—No puedo, Marcel.

—¿Que... no puedes...?

—Compréndelo, se trata de un familiar.

Marcel, que antes estuvo rojo, estaba ahora morado.

—Cada vez lo entiendo menos, Judith. O, mejor dicho, cada vez me parece más monstruoso. ¡Explícate!

—Yo tenía una hermana, la cual murió. Por consiguiente él es el viudo de mi hermana. Dice y jura que yo soy lo que más desea en

este mundo. Ha intentado casarse conmigo cien veces. Me lo ha pedido en todos los tonos, y al no conseguirlo...

—Si él fue el marido de tu hermana, eso no le disculpa —gruñó Marcel—. Por el contrario, conviértete en más sucio y denigrante su deseo. Ahora no sois parientes ni sois nada. Denúnciale.

—No puedo... —musitó Judith moviendo la cabeza tristemente.

Marcel se puso pálido otra vez, mientras su corazón latía desacompasadamente, con una extraña fuerza.

—¿Es que... le amas? —balbució.

Ella le miró asombrada, como si aquella sola pregunta ya le pareciera inconcebible.

—¿Amarle? ¡Oh, no! ¿Cómo has podido preguntar esa tontería? Si yo le amase ya me habría casado con él. Nada me lo impide.

Ni el mismo Marcel se dio cuenta de la ansiedad con que había pronunciado las anteriores palabras ni del suspiro de alivio que exhaló al obtener la respuesta de la muchacha.

De modo que ella era libre legal y moralmente. Era libre...

—¿Entonces por qué no le denuncias? —preguntó.

—He pensado mil veces en eso. Sé que terminará por matarme si no accedo a sus deseos, a pesar de lo cual no me atrevo a acudir a la policía. Verás, él es un hombre de posición, un exportador muy conocido en todos los medios comerciales de Bélgica. Un escándalo de ese tipo le hundiría hasta límites insospechados, pero no es eso lo que me importa. No le denuncio por sus hijos. Mi hermana y él tuvieron dos pequeños, dos niños que son hermosos como un día de primavera. Si hundo a su padre, los hundo a ellos también, los convierto poco menos que en dos niños sin porvenir y sin honra. Claro que podría recogerlos yo mientras su padre estuviera en la cárcel, pero eso aún me ligaría más a él. Por otra parte, a ninguna muchacha le gusta ver zarandeada en un juicio sus cuestiones más íntimas. No, Marcel, he dado cien vueltas al problema y no veo ninguna solución. Lo único a hacer, aunque resulte terrible, es aguantarme.

Marcel tenía los labios apretados, y sus facciones se habían ensombrecido. Notó que le temblaban las manos.

—Pero no puedes seguir así —musitó.

—¿Crees que hay solución?

—Sí —susurró Marcel—. Hay una.

—¿Una? ¿Cuál?

Ella miraba fijamente las facciones tensas de Marcel. Miraba sus ojos que antes fueron dulces y ahora parecían los de un fanático. Sentía en sus dedos el temblor de la mano del hombre.

No se atrevía a decirlo, pero al fin, Judith dijo con un soplo de voz:

—¿Qué solución hay, Marcel? ¿Matarlo? ¿Asesinarlo entre los dos?

## DECIMOTERCERO

**V**OLVÍA a ser de noche. Marcel había tenido décimas durante casi veinticuatro horas. En este momento se sentía mejor, pero no podía negar que la cabeza le daba vueltas.

No había podido dormir nada, ni un solo minuto, desde que Judith le hizo aquella pregunta:

«¿Qué solución hay, Marcel? ¿Matarlo? ¿Asesinarlo entre los dos?»

No, no había podido dormir un solo minuto.

Después de aquella pregunta Judith se había alejado de la habitación, como si no quisiera escuchar la respuesta. Como si pensase que esa respuesta había de ser tan terrible que una mujer con un mínimo de moralidad no podía escucharla.

No, la dulce, la hermosa Judith no podía verse mezclada jamás en un crimen.

Pero no era un crimen lo que Marcel pensaba proponerle.

¡No, claro que no!

¿Cómo no se había dado ella cuenta antes del verdadero sentido de sus palabras?

¿Por qué no se había dado cuenta de que tras ellas latía un sentimiento dulce, no un sentimiento asesino?

Por fin, cuando ya habían transcurrido veinticuatro horas después de aquello, cuando ya la noche había caído de nuevo sobre la ciudad, Judith volvió a entrar en la habitación.

Llevaba ahora una falda muy ajustada y una blusa tan liviana como una hoja de papel de fumar, tras la que se transparentaba secretamente la mórbida suavidad de su carne. Como siempre, usaba zapatos de alto tacón y medias oscuras.

Y, como siempre, Marcel pensó que hasta entonces no había visto una mujer tan distinguida, tan hermosa, tan deseable como

aquella.

Judith susurró:

—¿Cómo estás, Marcel?

—Sin ti, bastante peor.

—¿No te ha atendido bien, Therése?

—Claro que me ha atendido bien. Me ha traído algo de comer a las horas acostumbradas y me ha dado otro pijama limpio para que me cambiase. También me ha administrado un calmante, el cual, por cierto, me ha dado algo de fiebre. ¿Pero crees que Therése es como tú? ¿Crees que puedo sentir ante ella lo mismo que siento contigo?

Ella se sentó en una butaquita contigua y cruzó las piernas. No pareció darse cuenta de que al hombre se le iba quedando la boca seca ante la maravillosa exhibición que le ofrecía con su descuido.

Luego Judith susurró:

—¿Te sientes mejor cuando soy yo la que está aquí?,

—¿Quién lo duda?

—Es que he estado haciendo unas cuantas cosas, ¿sabes? A pesar de que soy una muchacha que todavía conserva algo de dinero, he pensado que debo trabajar. Hoy he estado viendo a unos cuantos antiguos amigos de mi padre, cualquiera de los cuales podría darme un empleo de confianza.

A Marcel, no supo bien por qué, aquella frase le entristeció. «Un empleo de confianza». Eso significaba que otro hombre contemplaría a hurtadillas las piernas de Judith, que él tenía ahora delante. Eso significaba que le haría proposiciones tal vez, que le hablaría de su posición y de su dinero. Que tal vez llegarían a casarse.

¡Dios! ¿Por qué no podía ser suya aquella mujer única, suya para siempre? ¿Por qué tenía él que renunciar...?

En los pensamientos de Marcel —se decía este ahora— siempre había existido una mujer como Judith. Siempre había soñado que sus pasos le llevarían ahora ante una mujer como ella. Y en este momento justamente Judith estaba ante él. Y él, Marcel, el novelista que iba abriéndose camino en su difícil profesión, tenía que escuchar de sus labios que ella iba a buscar un empleo que tal vez los separaría para siempre.

Judith notó que él se había turbado. Dijo:

—¿Qué te ocurre?

—Nada... Nada realmente. Solo que estoy muy contento de que hayas vuelto a entrar aquí. Temí que te hubieras enfadado por lo de anoche.

—¿Enfadarme? ¿Qué ocurrió anoche?

—Nada... Nada en realidad. Solo aquello que te dije de que podíamos encontrar una solución.

—Sí, ya recuerdo... Pero es que no te entendí bien, Marcel. ¿Qué solución puede haber? Yo nunca causaré daño a ese hombre. Si quisiera causarle daño ya hubiese avisado a la policía.

—No se trata de eso, desde luego.

—¿Entonces...?

—Existe una solución para que él se aleje de ti, para que comprenda por sí mismo que debe renunciar y que para él estás irremisiblemente perdida.

Judith parecía no, comprender aún.

—¿Y qué solución es esa? ¿Buscar un empleo fuera del país? Él me seguiría adonde fuese.

—No, no es eso... Se trata de algo mucho más sencillo... y más complicado. Judith... —al fin Marcel tragó saliva y se atrevió—. Judith... ¿Te parecería absurda la idea de casarte conmigo?

Ella abrió unos ojos como platos, unos ojos que en otra hubieran parecido ridículos, pero que en su rostro no hicieron sino realzar su fantástica belleza.

—¿Ca... casarnos?

—¿Por qué no?

—¡Pero tú solo lo harías por compasión, Marcel! ¡Tú solo lo harías por librarme de ese hombre! ¿Tú crees que una mujer puede aceptar a sabiendas un trato así? ¡Y yo no admitiría jamás un divorcio! ¡Yo entiendo que un matrimonio es para toda la vida!

Se había exaltado, poniéndose casi en pie. Marcel tuvo que calmarla con un gesto de su mano derecha.

—Por Dios, Judith... ¿no se te ha ocurrido pensar que yo podía haberme enamorado de ti?

Ella abrió otra vez unos ojos como platos, mientras le miraba fija y profundamente.

—¿Tú? ¿En dos días?

—Sí, en dos días. ¡Y en dos horas si hiciese falta! ¿No crees tú

que un hombre puede haber pasado su vida entera deseando encontrar un determinado tipo de mujer? ¿Qué ocurre cuando la encuentra? ¿Has pensado en ello? ¿Cuántas horas necesita para enamorarse?

—Pero... —Judith parecía no saber qué decir. De pronto apretó los labios—. Pero esto es absurdo, Marcel. Tú debes estar acostumbrado a que la gente se case fácilmente en tus novelas, pero en la vida real es distinto. La vida real es más lenta, más complicada —y recalcó las sílabas—. No debemos hablar de esto, Marcel. Por lo menos hasta conocernos bien.

Él sonrió tristemente.

—Veo que te soy indiferente. La verdad es que yo me había hecho el pensamiento de... Bueno, es ridículo. Comprendo que un hombre como yo, un tipo del montón que además no puede tenerse en pie y a quien han vestido con un pijama demasiado grande, no puede despertar una pasión volcánica en la muchacha más bonita de Bélgica. Ya me hago cargo... Debe haberte parecido ridículo.

Judith se puso en pie y se sentó en un borde de la cama. Aquella proximidad enervante hizo que la boca de Marcel se quedara aún más seca, que sus mandíbulas se encajaran con más fuerza. Sabía que nunca había visto una mujer como aquella y que nunca volvería a verla. ¿O era quizá por la fiebre, era por la sensación de intimidad que daba aquella habitación? No, lo cierto era que nunca volvería a ver una mujer como ella. Marcel lo sabía. Y hundió su mirada en la mirada de los ojos femeninos, infinitamente dulces.

Hundió su mirada hasta sentir que el mundo entero daba vueltas para él.

—Tú podrías interesar a cualquier mujer —susurró Judith—. ¿Es que no te has dado cuenta de cómo eres? Pero debes comprender también que es absurdo hablar de matrimonio con una persona a la que se ha conocido dos días antes. Y yo nunca aceptaría que te casaras conmigo solo por salvarme.

—Judith, te juro que...

—No hablemos más de eso, te lo suplico.

Él calló. Se daba cuenta de que la respuesta de la muchacha era negativa en absoluto, pero su voz dulce y cálida traicionaba las palabras. Su voz parecía dejar un resquicio, un margen para la esperanza. Marcel comprendió que sería mejor no insistir en aquel

momento. Más tarde quizá se presentara la ocasión de volver a hablar de aquello.

Entonces sonrió.

—¿Cómo era tu hermana? —preguntó con tono intrascendente—. Debía ser muy bonita si se parecía a ti. ¿No tienes ningún retrato suyo?

—¿Por qué preguntas eso?

—No sé... Quizá es que todo esto da tal sensación de intimidad que ya me siento como de la familia. Como si a ti y a Therése os hubiera conocido siempre.

Ahora Judith sonrió también.

—No tengo ningún retrato de mi hermana, lo siento. Cuando ella murió, preferí dárselo a su marido para no tener recuerdos demasiado tristes.

—¿Y de tu padre? ¿Cómo era tu padre?

—¡Uy! Un hombre muy serio, muy severo. De él sí que conservo algún retrato, me parece.

Se volvió de espaldas y empezó a hurgar en los cajones de una cómoda, mientras se inclinaba mucho. La posición de la falda, en consecuencia, pasó a ser muy poco académica, y Marcel sintió que las sienes empezaban a sudarle. Casi le alivió que ella dejase aquella postura, porque el deseo había pasado a ser tan angustioso que le hacía daño.

Y, sin embargo, él no se hubiera atrevido a tocar un pelo de la ropa de Judith. La deseaba con todas sus fuerzas y al propio tiempo la respetaba con todo su corazón. ¿Era eso el amor? ¿Era un argumento más para pensar que había encontrado la mujer de su vida?

Ella le mostró un retrato no muy antiguo donde se veía un hombre delgado, austero, seco, cuyos ojos parecían despedir fuego. Podía ser la imagen típica de un oficial prusiano, un hombre eficaz, implacable y cruel. Pero, solo por ser el padre de Judith, a Marcel incluso le pareció simpático.

—Me hubiera gustado conocerle —susurró.

—¿Para pedirle mi mano?

—Tal vez sí.

Judith echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada alegre que por un momento pareció disipar las sombras que habían flotado

entre los dos. Era una risa contagiosa, joven, que parecía impregnar el aire. Pero unos segundos más tarde estaba ya repentinamente seria.

—¿Qué te sucede, Judith?

—Hemos olvidado algo importante.

—¿Qué?

—Tu conferencia con Bruselas. Tu conversación con aquel tipo llamado Kenney. ¿Es que ya no lo recuerdas?

Marcel se llevó una mano a la frente. Diablos, aquello estaba resultando increíble. ¿Cómo había podido olvidarse de una cuestión tan importante? ¿Hasta qué punto le sugestionaba Judith?

Su hermano había muerto por la cajita de metal que él tenía cosido al forro del abrigo. Él, por la misma cajita, había profanado una tumba. Había quien pagaría millones por aquel pequeño objeto. Y sin embargo, él lo había olvidado. Diablos, su cerebro empezaba a no funcionar ya. O besaba a aquella chica o terminaría volviéndose loco.

—Es cierto —dijo, aparentando tranquilidad—. Kenney debe estar ya allí a estas horas.

—¿Llamo?

—Podría hacerlo yo. No te molestes.

Ella le miró severamente.

—¿Vamos a hacer más tonterías, Marcel? ¿Tienes que concretar con él precisamente por teléfono?

—No, claro que no. Necesito que hablemos cara a cara.

—Pues entonces, deja que yo concrete una cita. Ya empeoraste bastante con la tontería de ayer. Seguro que has pasado fiebre.

—La estoy pasando aún —reconoció él.

—Razón de más para que no te muevas. Desde aquí podrás escuchar lo que digo. Si algo no te gusta, me adviertes en voz alta.

—Lo haré, Judith. Y gracias.

Ella se alejó pasillo adelante. Sin duda quería andar con naturalidad, quería no mover las caderas, pero cuanto más serio era su aspecto más tentadora e incitante resultaba. Era de esas mujeres que son hermosas les guste o no, que no pueden evitarlo.

Al salir ella de la habitación, la magia que la rodeaba pareció esfumarse. Marcel se dio cuenta entonces de la mezquina realidad. Estaba bañado en sudor frío a causa de la fiebre. Le temblaban las

manos y se notaba dominado por una inmensa sensación de debilidad. Sin duda estaba mucho peor que el día antes.

El lejano espejo de un tocadorcito le devolvió una imagen extrañamente demacrada, con barba de tres días y un cierto aspecto de facineroso. Por descontado que no era aquella la tesitura más agradable para enamorar a una mujer.

¿Pero se fijaría Judith en aquellos detalles? ¿No le recordaría a él como había sido antes?

La voz de la muchacha, llegando desde el pasillo, cortó aquellos pensamientos.

—... Sí, soy la señorita que llamó ayer. Deseo hablar con míster Kenney. Me dijeron que estaría a esta hora.

—...

—¿Dice que el aeropuerto de Londres está cerrado a causa de la niebla y que regresa por barco?

—...

—¡Pero eso es absurdo! ¡Hay barcos con mucha frecuencia y apenas se tardan dos horas en atravesar el Canal!

—...

—Sí, ya comprendo que luego tiene que tomar un tren o un automóvil desde Dieppe, si es que usa las líneas marítimas más normales. En eso tienen razón.

—...

—¿Entonces es seguro que llegará sobre las tres de la madrugada?

—...

—En tal caso voy a darle mi número de teléfono. Anótelo y ponga, por favor, la indicación de que es muy importante. Interesa que míster Kenney llame apenas ponga los pies en Bruselas.

Dictó el número, que en su cálida voz dejó de ser una cosa prosaica para convertirse en pura poesía. Al menos eso le pareció a Marcel, que estaba atento a los más leves sonidos.

—De acuerdo. Confío en ustedes.

Luego, Judith, regresó.

Parecía venir algo desanimada, y volvió a sentarse en el borde de la cama de Marcel.

—¿Has entendido lo que decía? —preguntó.

—Sí. Como si hubiera estado yo al teléfono.

—No regresará hasta la madrugada. Parece que el aeropuerto de Croydon está cerrado a causa de la niebla, y ese tal Kenney no ha encontrado medio de transporte más rápido qué tomar un vapor en Newhaven para que le deje esta noche en Dieppe. Pero es lástima que, quizá por una cuestión de horario, no haya podido enlazar con los buques que hacen la ruta de Ostende.

Marcel sonrió.

—No te preocupes, Judith. En el fondo no tiene importancia. Kenney ha esperado meses para oír lo que tengo que decirle. Bien puede esperar unas horas más.

—Sí, claro.

—¿No me preguntas qué es lo que tengo que decirle? ¿No te ha picado la curiosidad?

—¿Por qué? ¿Es que todas las mujeres hemos de ser curiosas? Yo he de respetar tus pequeños secretos. Y puesto que ese tal Kenney no debe ser una mujer bonita, me abstengo de preguntar.

A pesar del tono festivo con que fueron pronunciadas aquellas palabras, Marcel se sintió íntimamente defraudado.

Fue un desengaño de esos pequeños, personales y secretos, pero lo tuvo. Le hubiera gustado que Judith quisiera conocer su secreto, que se identificara en todo con él.

¿Pero por qué pensaba esas tonterías?

Judith era una mujer educada, equilibrada y sensata, que sabía que hay cosas en las que una no se debe entrometer.

Una mujercita encantadora. La única encantadora de verdad que había conocido en su vida...

## DECIMOCUARTO

TODO comenzó de nuevo de una manera brutal, inesperada, cuando acababan de dar apenas las once de la noche.

Fue como una de esas pesadillas que van y vuelven. Como uno de esos sueños malditos en que la niebla del horror va y viene, nos envuelve y nos libera una y otra vez.

Marcel conocía la hora porque acababan de sonar las campanadas en una torre cercana. Y él pensaba en ese sonido misterioso de las torres de Brujas, el rumor de las campanas que se deslizan por el agua de los canales, que penetra en las casas donde los siglos duermen. Pensaba en todo eso y de repente oyó otra vez el grito de Judith.

A las once de la noche.

A Marcel le habían aplicado una inyección para que descansase apenas una hora antes, de modo que se sentía como ausente y a ratos tenía la sensación de flotar en una nube. Le faltaban las fuerzas y le dominaba la fiebre. Pero aquel grito le galvanizó.

Fue como si cien resortes desconocidos se movieran dentro de él. Como si fuerzas ignoradas hasta entonces se pusieran en movimiento al oír aquel grito de Judith.

No supo cómo, pero se encontró en pie.

Sus manos se abrieron y se cerraron dos veces. La cadera, que le dolía horriblemente, se mantuvo sin embargo firme como un bloque de hierro fundido.

Ahora los gritos no sonaban en la cocina —él había aprendido a conocer ya un poco la casa— sino en otra habitación de la planta baja. Pero era Judith la que gritaba sofocadamente, no cabía duda.

Dominado por la fiebre, pero extrayendo de su cuerpo una energía indomable, Marcel empezó a descender.

Veía los objetos confusamente, como si estos se trasladasen de

sitio. Le pareció que los peldaños se movían bajo sus pies y que la baranda bailoteaba. Pero tuvo la suficiente serenidad para localizar la procedencia de los gritos y llegar hasta la habitación.

Se detuvo en el umbral de la puerta, jadeando, pero con un brillo implacable en sus ojos.

Vio entonces al hombre.

Era un tipo alto, fuerte, rubio, con facciones de corte germánico, entre cuyos brazos la hermosa Judith, pese a ser una mujer alta y contundente, parecía una muñequita.

Uno de esos hombres bien vestidos y bien alimentados, seguros de sí mismos, acostumbrados a triunfar, para los que una mujer solo significa y solo vale el minuto de placer que proporciona.

El tipo de hombre que Marcel siempre había odiado, el que había aborrecido desde niño.

Por si eso fuera poco, la situación era como para sacar de sus casillas a cualquiera.

El tipo había arremetido contra Judith sin ninguna contemplación, y le estaba arrancando la ropa materialmente a tiras, en el intento de ultraje más bestial que Marcel había visto nunca. Lo que quedaba de la blusa de Judith era materialmente un conjunto de harapos.

Pero al ver a Marcel en la puerta, el hombre se detuvo. Sus facciones sufrieron una sacudida.

Luego, entre un silencio espantoso, como ese silencio extraño que se producía en los momentos de más tensión de las películas mudas, el hombre miró a Judith.

De pronto, pareció comprender. Lanzó una burlona carcajada.

—De modo que tenías a un hombre en tu casa... —masculló—. De modo que la palomita ya había llenado el nido...

Judith escupió:

—¡Miserable!

Y él, con toda tranquilidad, como si solo tuvieran importancia los pecados de los otros, la abofeteó dos veces, mientras gritaba:

—¡Mujerzuela! ¡Puerca!

No pudo decir más. De pronto vio que aquel hombre cuyos ojos estaban nublados por la fiebre, saltaba sobre él. Notó que dos puños grandes y duros se clavaban en sus mejillas.

Dio un traspié, vacilando, mientras Marcel preparaba su puño

derecho.

El gancho salió disparado como si lo lanzase una catapulta. El hombre lanzó un grito, al recibir el impacto en plena mandíbula, y cayó hacia atrás con los brazos abiertos, desplomándose sobre la cama.

Marcel, con los dientes rechinando de fiebre y de rabia, se abalanzó sobre él, pero el otro flexionó la pierna y le detuvo con un puntapié en el bajo vientre. A Marcel el dolor insoportable, brutal, le hizo encogerse mientras lanzaba un gemido.

Su enemigo aprovechó para ponerse en pie.

Descargó con todas sus fuerzas el puño derecho sobre el pómulo de Marcel, quien cayó al suelo con la sensación de que el mundo entero daba vueltas en torno suyo.

Vagamente se daba cuenta de que no estaba en condiciones de pelear, de que aquel buitre le destruiría si se empeñaba en ello. Al principio había logrado derribarle gracias a la sorpresa, pero ahora la sorpresa ya había terminado. Ahora ya no eran más que hombre contra hombre y cara a cara, de modo que la salud del otro tenía que imponerse sobre la fiebre y el agotamiento de él. Pero de todos modos se juró a sí mismo que se dejaría matar antes de que el otro volviese a tocar a Judith.

Sintió los pies de su enemigo clavándose cruelmente en sus flancos, en sus riñones, y oyó la voz de Judith pidiendo clemencia, como si Judith estuviera a cientos de millas de distancia. La voz era un susurro apenas audible para él. Notó también que el tipo reía.

Aquello fue demasiado para Marcel. Sus fuerzas se centuplicaron, la rabia le dio un vigor que hasta entonces quizá no había tenido nunca. Sujetó el tobillo derecho de su enemigo, que ya se disponía a darle un nuevo puntapié, y lo retorció hasta hacerle perder el equilibrio. Durante varios segundos, el gigantón quedó como suspendido en el aire, bailando una extraña danza, sin poder sostenerse en pie y al mismo tiempo sin caer del todo. Fue esa la postura en que le cazó Marcel.

Sabiendo que no volvería a tener una ventaja semejante, puso toda su fuerza en el gancho con que quiso hacerle astillas la mandíbula. El chasquido de huesos se oyó en toda la habitación, y el gigante lanzó un aullido mientras volvía a caer hacia atrás.

Marcel supo, sin embargo, que no estaba vencido, que la lucha

volvería a nivelarse si su enemigo reaccionaba.

Pero el hombre no reaccionó. Debíó pensar que quizá se había arriesgado demasiado, y que si alguien llegaba, la situación iba a ser muy comprometida para él. De modo que, dando traspiés, medio caminando derecho y medio a gatas, avanzó hacia la puerta.

Marcel respiró trabajosamente. Los pulmones le abrasaban.

No detuvo a su enemigo. Oyó el chasquido de la puerta de la calle y luego nada más.

Miró a Judith y la vio envuelta en una nube gris.

Judith sollozaba.

\* \* \*

Marcel tuvo que hacer un terrible esfuerzo para decir:

—Asunto terminado, muchacha...

Impulsivamente, Judith, se arrojó en sus brazos, mientras sus sollozos se hacían más fuertes y más desesperados. Marcel la estrechó con fuerza y la besó en la frente. Supo que nunca había vivido un momento tan feliz como aquel y que nunca volvería a vivirlo.

A pesar del dolor, a pesar de la fiebre, se sentía infinitamente dichoso con solo el contacto de Judith.

Creyó notar lejanamente que esta retiraba la cabeza, de pronto.

—Marcel... ¡estás abrasando!

—Tengo algo de fiebre, pero...

—¡Te has puesto muchísimo peor! ¡Debes volver en seguida arriba!

—Eso no tiene importancia ahora, Judith.

—¡Claro que la tiene! ¡Déjame ayudarte! ¡Claro que tiene importancia!

Le había pasado ya un brazo bajo los hombros y le sacaba de la habitación. La sensación de debilidad que había invadido a Marcel, era tan grande, que se dejó llevar.

Cuando llegó arriba ya no recordaba ni tan siquiera haber subido las escaleras. Le pasaba como la primera vez que llegó allí. La frente le quemaba y se le doblaban las rodillas. Se dejó caer sobre el lecho.

Notó que ella le tapaba con todo cuidado, y notó también que los ojos de la muchacha estaban anegados en lágrimas.

—No debiste haberlo hecho... —susurró ella.

—¿Cómo... cómo se atrevió...?

—Ya te he dicho que está loco. Será capaz de matarme si no consigue lo que quiere. Y lo terrible es que ha sido capaz de matarte a ti.

—No me ha hecho daño —mintió Marcel—. Y al fin y al cabo él ha huido.

—Pero me temo que vuelva. En cuanto se le pase el miedo y la pasión le enloquezca de nuevo, volverá.

—Entonces debemos... debemos...

No podía decir más, porque las oleadas de fiebre le abrasaban. Su propia voz iba y venía. Le parecía que era otra persona la que estaba hablando. Quería convencer a Judith de que debían casarse cuanto antes, pero las palabras no surgían de sus labios.

Solo podía balbucir:

—Debemos... Debemos...

Ella susurró:

—Necesitas cuidarte, Marcel. Estás mucho peor. Creo que llamaré a un médico del servicio de urgencia.

—La que debes cuidarte... eres tú.

—Yo no tengo importancia. Después de lo que has hecho, creo que mi vida entera será poco para pagarte.

Los pensamientos iban y venían como jirones de niebla en el cerebro de Marcel. Algunos de esos pensamientos se concretaban. Por ejemplo, Marcel pudo preguntar:

—¿Cómo es que tampoco estaba Therése?

—Le di permiso por miedo. Temí que si ese hombre llegaba otra vez, pudiera matarla.

—Pero...

—Y te prometo una cosa, Marcel.

—¿Qué?

—Si él vuelve no gritaré. ¡No gritaré! Me resisto a que te mate, a que tú seas una víctima más.

Los ojos de Marcel se inyectaron en sangre.

—Estás loca... ¡Loca! No debes permitir que...

Pero las fuerzas le abandonaban. No podía más. La inyección que la muchacha le aplicó antes, surtía ahora todo su efecto. Tenía los ojos abiertos pero ya no veía nada. Los párpados le pesaban

como plomo. La sensación de que toda la habitación se movía, llegó a hacerse angustiosa.

Quiso extender un brazo para retener a Judith y ese brazo cayó pesadamente sobre el borde de la cama, como el de un cadáver.

Antes de perder el sentido aún creyó oír la voz de Judith, que llegaba desde infinitamente lejos:

—No quiero que te mate... Si vuelve no gritaré... No gritaré...

Al ver que él se había quedado dormido, Judith se puso lentamente en pie. Tapó al hombre con mucho cuidado y suspiró con cansancio. Luego, dejando encendida la luz de la habitación, regresó a la planta baja.

Estaba descendiendo los peldaños cuando se detuvo de pronto, mientras entornaba los párpados con sorpresa.

Vio que la puerta principal de la casa no estaba cerrada. Se dio cuenta de que, al huir, el hombre la había entornado solamente.

Judith, sin vacilar, se dirigió hacia ella para cerrarla.

Puso la mano sobre el pomo de aquella puerta.

## DECIMOQUINTO

**A**PENAS había rozado el metal del pomo, cuando la sacudió algo parecido a una descarga eléctrica.

Alguien había sujetado el pomo por el otro lado. Alguien estaba empujando aquella puerta.

Judith dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, mientras miraba como hipnotizada la hoja de madera, que iba girando lentamente, con una terrible y exasperante lentitud.

El leve chasquillo de aquella hoja al girar sobre sus goznes, parecía llenar el vestíbulo entero.

Con los ojos muy abiertos, con los labios rígidos, la muchacha vio entonces al que estaba al otro lado de la puerta.

El hombre entró y cerró lentamente a su espalda, mientras la miraba con una sonrisa en los labios.

—He vuelto... —dijo con suavidad.

Judith no dijo nada. Tenía la mirada turbia. Ella no lo notaba, pero sus dedos temblaban levemente.

El hombre aún tenía los pómulos marcados por los puños de Marcel, pero no parecía que aquello le afectase demasiado. Era demasiado grande y demasiado fuerte. Aquellos golpes no habían representado para él más que unos arañazos sin mucha importancia.

Vio que Judith retrocedía lentamente, sin decir una palabra. Vio que no gritaba. No, esta vez Judith no gritó. Solamente estaba muy pálida. El hombre la empujó brutalmente al fondo del vestíbulo, donde estaba la habitación de la que fue expulsado antes.

La vista del lecho y de la muchacha con las ropas semidestrozadas, pareció enardecerle hasta el paroxismo. Sus manos temblaban tanto, con el ansia de la posesión, que durante unos segundos pareció un loco.

Luego, se lanzó hacia ella.

Judith, apenas pudo decir:

—No...

Pero el hombre la arrolló como una marea blanca, como una bestia pulposa y ancha, como una gigantesca mano de cien dedos.

Mientras Judith caía hacia atrás, entre sus brazos, el hombre la besó ansiosamente en la boca.

## DECIMOSEXTO

SE insinuaban a través de las ventanas las primeras luces inciertas del alba, cuando Judith volvió a entrar en la habitación de Marcel.

Marcel, que casi deliraba, no la vio hasta que la tuvo junto al lecho. Se dio cuenta entonces de que la muchacha se había cambiado de ropa y ya no llevaba la blusa hecha jirones de horas antes. Se dio cuenta también de que usaba otros zapatos y otra falda.

No obstante, la sensación de desorden que daba, era mucho más intensa que la de antes. ¿En qué estaba fundada aquella sensación? Marcel, entre el delirio de la fiebre, se lo preguntó en aquel momento. ¿Era por los cabellos despeinados de la muchacha, igual que si alguien los hubiese acariciado brutalmente? ¿Era por sus labios que parecían haber perdido la tersura habitual, como si hubiesen sido castigados poco antes? ¿Era, por la luz amarga que parecía haber teñido sus ojos de gris?

La voz de Judith pareció llegar desde muy lejos.

—He llamado a nuestro médico, pero no ha venido aún. Por lo visto ha tenido que atender a los heridos de un accidente. Voy a ponerte entretanto una inyección para que puedas descansar.

La mano que empuñaba la jeringuilla, temblaba ostensiblemente.

—¿Qué te ocurre? —balbució Marcel.

—¿A mí? Nada...

—Estás temblando...

—Y tú estás delirando a causa de la fiebre. Vamos, bájate el pantalón del pijama un poco. Te puedo poner la inyección en el muslo.

—Pero...

—Por favor, obedece.

En la mente torturada de Marcel, la voz triste y gris de la muchacha, se unió a aquel amanecer triste y gris. De pronto, tuvo una sensación de derrota, de abatimiento que le dominó por completo. ¿Por qué no le hablaba con sinceridad Judith? ¿Qué le había ocurrido?

Sintió el pinchazo y se dio cuenta enseguida de que ella no le había clavado la inyección con la pericia de otras veces. Sin duda estaba muy nerviosa.

Pero el dolor no le importaba. Lo único que tenía interés para él era la angustia que leía en los ojos de Judith.

La tristeza de la muchacha era su propia tristeza, la angustia de la muchacha era su propia angustia. Marcel, que había descrito cien veces el amor en sus novelas, no sabía exactamente lo que el amor era en la realidad. Ahora se daba cuenta de eso.

Ahora se daba cuenta de que el amor era un sentimiento que estaba por encima de la realidad y del mundo, de la vida y de la muerte. El amor que sentía por Judith estaba como metido en su sangre y lo sentía palpar en ella. Supo que si ahora hubiese de describirlo no encontraría palabras, no encontraría pensamientos para definir lo que sentía. Solo su nombre:

Judith...

Sin darse cuenta había hablado en voz alta. La muchacha, que ya iba a salir de la habitación, se volvió.

—¿Qué ocurre, Marcel?

—Quisiera hablarte.

Ella, sumisamente, volvió sobre sus pasos y se sentó en un borde de la cama. Cruzó las piernas. De una forma maquinal, sin poder evitarlo, los ojos del hombre fueron hacia aquel movimiento zigzagante de las piernas más bonitas que había visto en su vida. Y se dio entonces cuenta de que Judith tenía dos grandes carreras, o más bien dos desgarrones, en las medias.

Antes, aquellas medias estaban intactas; él se había fijado bien.

—¿Qué te ocurre, Judith? —balbució—. Veo que no te has acostado aún.

—Estaba preocupada.

—¿Por qué?

—Por ti. Tienes mucha fiebre.

—Sí... La verdad es que creí haber mejorado, pero me estoy poniendo peor. De todos modos hace poco del accidente, ¿verdad?

—Ya he perdido la cuenta de las horas. Pero hace poco tiempo, desde luego. Y pienso que las complicaciones siempre aparecen al segundo o tercer día, de modo que no hay por qué extrañarse. Pero preferiría que te viese el médico.

—No tardará.

—Ya me parece que tarda demasiado. No estaré tranquila hasta que él te vea.

—Es curioso... —susurró Marcel—. Tú te preocupas por mí y yo me preocupo por ti. A este paso no creo que nunca seamos felices.

Ella le miró de soslayo.

—¿Por qué te has de preocupar por mí? Eres tú el que está herido.

—Pero tú sufres más que yo. Eso se adivina, Judith. Esta noche pasada, a pesar de lo que ha ocurrido con aquel hombre, eras relativamente feliz. Ahora, en cambio, eres desdichada; desdichada del todo, desdichada hasta el fondo del pozo negro que todos llevamos dentro. ¿Por qué no me explicas qué es lo que ha ocurrido? ¿Qué ha sucedido en estas pocas horas, desde que nos hemos visto por última vez?

Ella dijo:

—Nada.

Pero lo dijo demasiado secamente para que se creyera en la sinceridad de aquella única palabra.

—¿Por qué no me dices la verdad, Judith? ¿Tan poca confianza te merezco?

Ella volvió los ojos hacia Marcel. Pareció como si una fuerza ajena la empujase, como si le mostrara el rostro en contra de su propia voluntad. Y lo que Marcel vio en aquellos ojos, le hizo estremecerse.

—Judith... —balbució—. ¿Qué ha ocurrido?

—Ha... ha sido horrible... Horrible...

Ella había hundido de pronto la cara entre las ropas, y todo su cuerpo fue sacudido brutalmente por los sollozos. La delgada blusa transparentaba casi la suave curva de su espalda estremecida por los espasmos. Sus labios curvados solo sabían repetir:

—Ha sido horrible. Horrible...

Las manos de Marcel, que quemaban a causa de la fiebre, le alzaron poco a poco el rostro, con una infinita suavidad.

Aquel llanto le hacía más daño a él que a la propia Judith, porque sabía qué era lo que lo había ocasionado. El pinchazo de los celos, de la impotencia y de la ira llegó hasta el fondo del corazón de Marcel y se quedó allí como una garra helada. Sin embargo, su voz fue serena, cuando preguntó:

—Ha sido él, ¿verdad?

Judith, que había cerrado los ojos, asintió con la cabeza sin atreverse a hablar.

—¿Y tú no has gritado?

Ahora ella negó con la cabeza. Seguía teniendo los ojos cerrados.

Parecía una muñeca demasiado hermosa a la que un niño demasiado brutal ha maltratado. Había en ella algo conmovedor, algo que hacía brotar las lágrimas de los ojos de un hombre como Marcel. Pero él hizo un terrible esfuerzo por permanecer sereno.

—¿Por qué no has gritado, Judith?

Ahora ella se encogió de hombros, como si le faltaran fuerzas para hablar. Y, de pronto, los espasmos que casi había logrado contener se iniciaron de nuevo. Librando su rostro de la caricia de las manos de Marcel, sollozó:

—Yo había leído muchas veces que el amor, aunque fuese aceptado a la fuerza, tenía algo de hermoso. Había leído que los besos de un hombre pueden enloquecerla a una, aunque no se haya pedido el beso. Y me he dado cuenta de que solo se siente una cosa: ¡asco! Me he dado cuenta de que es la peor humillación que puede sufrir una mujer. ¡De que no hay nada más horrible que eso que algunos llaman sublime y maravilloso!

Seguía teniendo el rostro oculto entre las ropas, y los sollozos continuaban sacudiendo su espalda. Marcel, que sentía un escalofrío en la columna vertebral, le acarició los cabellos suavemente.

—Yo he oído hablar de mucha gente que sufría... —musitó en voz muy baja—. Tuve un hermano a quien un agente del Gobierno yanqui, ese tal Kenney al que has llamado dos veces, clavó una bala en la médula espinal. Desde entonces mi hermano tuvo horribles sufrimientos y a veces hasta los más leves gestos le causaban los tormentos del infierno. He imaginado cómo debió odiar a ese tal Kenney, qué venganzas diabólicas debió tramar contra él. Y, sin

embargo, el sufrimiento de mi hermano me parece ahora pequeño en comparación con el mío. Nunca creí que se pudiera sentir tanto asco, tanto odio y tanta desesperación, Judith. Yo mismo...

Hizo una leve pausa, como si le costara respirar, y añadió:

—... Yo mismo buscaría la muerte si supiera que con ello he de matar al hombre que te ha ultrajado. Pero por el momento no soy más que un pobre muñeco inútil y sacudido por la fiebre. Un muñeco que, no obstante, puede hacer algo.

Ella alzó los ojos, y la desesperación que había en ellos todavía conmovió más a Marcel.

—¿Es que todavía piensas hacer algo por mí? —susurró Judith—. ¿No te doy asco?

—¿Por qué habías de dármele? ¿Tienes tú alguna culpa? Y aunque la tuvieras, creo que te lo perdonaría, Judith.

Ella volvió a dejar caer el rostro sobre las ropas.

—Eres demasiado bueno, Marcel.

—No soy más que un hombre que te quiere y que sufre cuando te ve sufrir. Pero pienso que nuestro problema aún tiene una solución.

—¿Cuál?

—Te lo propuse creo que fue ayer y no aceptaste.

—¿Casarnos?

—¿Por qué no?

—Solo una mujer que no tuviera vergüenza aceptaría esa proposición, Marcel, después de lo que ha ocurrido.

—¡Y yo te suplico que aceptes!

—¿Me... lo suplicas?

—¡Me pondría de rodillas si pudiese! ¡Eres la única mujer a la que he querido! ¡La única a la que querré! ¡Sé que no volveré a amar jamás! ¡Si aceptas eres tú lo que me hace un favor, no yo a ti!

Suspiró con cansancio y dijo en otro tono de voz, haciendo más suave la caricia de su mano en torno a los cabellos de Judith:

—En fin, me he exaltado. Nunca creí que pudiera llegar a sucederme esto con una mujer. Seamos sensatos, Judith. Yo te quiero, a ti no te soy indiferente. Creo que en las actuales circunstancias, deberíamos unir nuestros destinos.

—Pero... pero es que él volverá.

—Si vuelve todo habrá cambiado. Apenas puedo tenerme en pie,

pero, soy capaz de manejar una pistola. Y, en cuanto me haya convertido en tu esposo, tendré derecho a matarle.

—Es que... ¿es que es capaz de volver enseguida!

Marcel se mordió rabiosamente el labio inferior. Diablos, hay cosas que no pueden hacerse enseguida. Uno no puede casarse así como así, en solo unas horas.

Por si eso fuera poco, él era extranjero.

Reunir papeles, legalizarlos, buscar un cura, un juez... Días y días.

Sintió que otra vez el desánimo le vencía, y le pareció que el castillo de ilusiones que se había forjado caía de repente a tierra como un simple castillo de naipes.

—Debe haber alguna solución... —musitó.

Judith alzó el rostro. Sus ojos parecieron iluminarse durante unas fracciones de segundo.

—La hay —dijo.

—¿La hay? ¿Cuál?

—Tú estás herido, ¿no?,

—Pues... claro que sí.

—Podrías morirte, ¿no?

—Desde luego, pero, ¿a dónde vas a parar?

Ella le apretó la mano derecha con fuerza, con una angustiosa fuerza.

—Marcel, si todavía quieres cometer la locura de casarte conmigo... ¿por qué no nos casamos «in articulo mortis»?

## DECIMOSÉPTIMO

**D**ESDE luego no podía negarse que la idea era buena.

Una de esas ideas que normalmente a uno no se le ocurren, pero que de vez en cuando asoman a la mente como un chispazo.

Las dificultades para casarse cuando uno está en peligro de muerte, son mínimas y pueden solventarse en cuestión de horas, aunque el matrimonio no tenga la fuerza absoluta que hubiera tenido en otras circunstancias. Y a vencer esas dificultades se dedicó Judith inmediatamente.

Lo primero que necesitó fue encontrar al policía que había presenciado el accidente, cosa fácil por demás, ya que su nombre figuraba en el atestado judicial. Aquel policía podía acreditar las causas del actual estado de Marcel y al propio tiempo servir de testigo para la boda.

Lo segundo que necesitó fue buscar otros dos testigos que la conocieran a ella y acreditaran su soltería, aparte de un juez de paz que les casara «in articulo mortis» dadas las circunstancias.

Todo eso fue fácil, muy fácil.

Lo único que se necesitaba era que Marcel aún pareciese más grave de lo que estaba, pero las condiciones de su dolencia les eran favorables. Marcel tenía una fiebre altísima y no hacía más que delirar. Sus facciones se habían demacrado en dos días como si llevara meses enteros en la cama.

Le temblaban las manos, apenas podía hablar.

Su pulso era altísimo.

Solo era capaz de mirar de vez en cuando el abrigo que Judith colgó frente a él la primera noche y que nadie había tocado aún. El abrigo al que estaba cosida la pesada cajita.

Nada más.

Fuera de eso, Marcel era ya como un cadáver, como un pedazo

de huesos y piel que apenas podía moverse, como una delgada estatua consumida por la fiebre.

Cuando, muy poco después llegaron los que iban a intervenir en aquella extraña boda, Marcel tuvo la sensación de que asistía a su propio funeral.

De que ya no era más que un muerto al que van a despedir con todos los honores antes de meterlo en la caja.

Como a su hermano, como al olvidado André, que se pudría en la soledad del cementerio de Bruselas.

## DECIMOCTAVO

**T**ODOS estaban allí.

Todos le miraban con pena, con esa sincera compasión que se siente cuando se ve a un hombre joven debatirse ya en brazos de la muerte, sin ninguna clase de esperanza.

Marcel los contempló por entre sus párpados entornados, y los vio borrosos, lejanos, como si flotaran además en el aire, como si no estuvieran en este mundo. ¿O quizá era él el que no lo estaba?

El más cercano era el policía.

El policía se había quitado la gorra y daba a esta nerviosas vueltas entre sus manos, sin saber a dónde mirar. De vez en cuando dirigía una ojeada al herido y entonces su expresión se ensombrecía, como si pensara en lo lastimoso que iba a ser ver a aquel joven metido en el ataúd.

En un momento determinado, se volvió hacia Judith, y le dijo en voz muy baja:

—¿Sabe usted el lío que va a tener? ¿Qué cree que ocurrirá si ese hombre muere? ¿No se da cuenta de que habrá sido una muerte causada por su automóvil? Deberá acudir al Juzgado enseguida, y quizá el señor juez crea que hace muy bien metiéndola en la cárcel.

—Eso ya no tiene importancia para mí —balbució Judith—. Lo terrible sería que él muriese.

Pero inmediatamente después de aquellas palabras, mientras el policía volvía a dar vueltas a su gorra entre las manos, ella dirigió una rápida mirada a Marcel. Fue una mirada de aliento y al propio tiempo de complicidad, como si le indicara que todos estaban equivocados y que solo ellos dos conocían el secreto de aquella situación.

Pero no era el policía el único que estaba allí.

También había otros dos testigos, dos hombres silenciosos a los

que Marcel no había visto nunca. Y estaba Therése, que por lo visto también iba a atestiguar algo. Y el juez de paz.

El juez era un tipo bajito, medroso, que miraba a hurtadillas a todas partes y parecía preguntar en silencio, por qué le habían puesto en aquella situación.

Los cuchicheos que empleaban todos, en lugar de la voz normal, sus gestos pausados y tímidos, sus expresiones lastimeras, indicaban bien a las claras, que se daban cuenta de que Marcel era un hombre a punto de morir. Que ninguno dudaba de que podían aplicarle perfectamente el beneficio del matrimonio «in articulo mortis».

La mente de Marcel, mientras sentía en sus sienes los ramalazos de la fiebre, era un auténtico volcán. Se daba cuenta de que Judith había hecho las cosas bien, de que la estratagema iba a tener éxito y dentro de muy poco serían marido y mujer. Este pensamiento le llenaba de una insólita felicidad, le sumía casi en un extraño éxtasis.

Pero por otra parte, pensaba: «¿Por qué habré tenido la mala suerte de empeorar tanto? ¡Si ni siquiera voy a tener fuerzas para dar mi beso a Judith cuando nos casen! ¿Es que voy a estar muchos días así, hundido en la fiebre, ahora que voy a ser el marido de la muchacha más bonita de Europa?»

Se llevó una mano a las sienes y se las apretó, porque le dolían horriblemente. El juez se sentó junto a él y empezó a hablar, pero Marcel no podía entender sus palabras. Solo se daba cuenta de que los demás le miraban lastimeramente y de que Judith le había estrechado con fuerza la mano derecha.

La sensación de estar asistiendo a su propio funeral se hizo tan patente, tan angustiada, que no pudo resistirla.

Cerró los ojos, sintiendo que se ahogaba, pero la presión de la mano de Judith en la suya, le dio nuevas fuerzas.

Era una presión dulce, suave, que le acompañaba en el camino del dolor. Era una muda seguridad de que todo marchaba como los dos habían proyectado, de que sus más secretos sueños se verían cumplidos.

El juez se inclinó más sobre él para preguntarle si quería a Judith por legítima esposa.

Para más seguridad, a fin de que no hubiera error posible, se la señaló.

—Sí —dijo Marcel con todas sus fuerzas. E incluso logró sonreír.

Aquella sonrisa fue tan suave, tan dulce que todos los presentes se sintieron conmovidos.

Parecía flotar en la habitación una atmósfera casi irreal, una atmósfera donde la poesía se unía al amor, al dolor, a la pasión oculta, formando uno de esos climas que marcan a un hombre o a una mujer para toda la vida, uno de esos climas que hacen que al cabo de muchos años uno diga: «Tal día, en tal lugar, encontré la plenitud de mi vida...»

Por lo menos era eso lo que sentía Marcel. Y era eso lo que pensaba entre los delirios de la fiebre.

El juez repitió la pregunta a Judith, quien también contestó: «Sí» con voz clara y audible. A partir de aquel momento podía considerarse que la ceremonia estaba concluida.

Solo faltaba firmar los documentos, lo que los testigos hicieron sin ninguna vacilación. El policía, en su calidad de testigo más importante, pues él conocía las causas que habían provocado todo aquello, volvió a advertir a Judith que, sintiéndolo mucho, tendría que comparecer ante el Juzgado apenas Marcel falleciese.

«Claro que ahora usted es la esposa de la víctima —reconoció—. No sé cómo se resolverá la cosa, pero será un bonito caso judicial. Muy bonito, sí, señora...»

Todos parecían dar por descontada la muerte de Marcel. Y todos parecieron pensar que no resultaba demasiado elegante felicitar en aquellas circunstancias a la novia.

Se evaporaron como sombras, como fantasmas, de los que dibujaba la niebla. Se esfumaron como si no hubiesen existido nunca.

Solo Judith y él quedaron en la habitación.

Solo ellos dos existían. Solo ellos tenían un lugar en aquel mágico mundo que empezaba y terminaba en las paredes de una habitación.

Solo Judith y sus labios.

Solo Judith y sus ojos.

Judith y sus labios, Judith y sus ojos fueron aproximándose a Marcel. Aquella escultura maravillosa se sentó en un borde del lecho. Sus labios buscaron los del hombre.

Fue un contacto frío en contraste con el fuego que quemaba en

los labios de Marcel, en contraste con la fiebre que le consumía.

Podía decirse que fue un contacto helado.

Como un roce.

Como una palpitación de la nada.

Marcel, susurró:

—Judith...

Y Judith se levantó.

Algo parecía haber cambiado en la habitación, en el aire, en la luz incluso. Algo parecía haber cambiado en el rostro de Judith, que se había hecho más duro, y en su cuerpo, que se había hecho más concreto.

En cambio, el resplandor de la lámpara era más débil, desdibujaba los objetos, los bañaba en una especie de tristeza irreal que penetraba hasta el fondo de los ojos del hombre.

Esas fibras misteriosas que durante casi toda nuestra vida desconocemos, se habían puesto en movimiento en el cerebro de Marcel. Y ese sexto sentido le advertía que algo había cambiado, que no todo volvería a ser como antes, y que con aquel beso helado de Judith, terminaba una vida y empezaba otra.

Cerró un momento los ojos, porque no quería pensar.

No quería pensar...

Y al abrirlos vio que todo seguía cambiando. Que Judith seguía mirándole, pero con una expresión distinta. Que había abierto una de las dos puertas del fondo de la habitación.

Y en el umbral se recortaba la figura del hombre que había querido ultrajarla, el hombre con el que Marcel se peleó, aquel a quien Judith, según le había dicho, odiaba con toda su alma.

Pero Judith no le miraba con odio.

Judith le miraba con pasión contenida, con cariño, con deseo, cuando musitó:

—Entra, Jean... Entra, vida mía. Todo ha salido perfectamente.

## DECIMONONO

**J**EAN entró.

Sus manos grandes y duras se abrían y cerraban suavemente, sus ojos metálicos contemplaban el rostro de Marcel con una especie de helada burla.

Marcel no despegó los labios. No se quejó siquiera. Como un relámpago, de una forma instintiva, brutal, lo comprendió todo. Fue como si le atravesara una luz negra y aquella luz dejara un poso de suciedad en el fondo de su alma. Uno comprende el amor y comprende el engaño en menos de un segundo, como un choque físico. Y aquel choque físico fue el que tuvo Marcel.

Como una herida en los labios. Como un golpe entre los ojos.

Otra vez como un soplo de la nada.

Jean se aproximó hasta el borde del lecho y susurró, mirando alternativamente a él y a Judith:

—¿Cómo es que ha durado tanto? ¿No terminaban de matarle las inyecciones que le ponías?

—Tiene una resistencia extraordinaria —dijo Judith secamente—. Esas inyecciones hubiesen matado ya a cualquiera, pero a él solo le han puesto al borde del coma. Mucho mejor así, ya que hemos podido desarrollar la comedia de la boda «in articulo mortis».

Marcel fue a tragar saliva, pero tenía la boca espantosamente seca. Hasta el aire quemaba al entrar en sus pulmones. Se ahogaba.

La voz de Judith parecía llegar desde muy lejos, pero era extrañamente dura y concreta.

Ella seguía diciendo:

—Ninguno de los que han asistido a la boda pensará en un crimen, excepto nuestra cómplice Therése. El policía, especialmente, acreditará que todo fue debido al accidente de coche. Cierto que yo seré procesada, pero como él mismo ya declaró

que había sido culpa suya, me absolverán. En todo caso, no significará más allá de unas molestias sin importancia.

—Y él mismo ha demostrado ante todos que se moría... —rio Jean—. Que se moría sin una queja...

—¿Quién ha dicho que no existe la fórmula del crimen perfecto? —preguntó Judith en voz baja—. ¿Quién ha dicho que no se puede engañar a todo el mundo, empezando por la propia víctima?

—Claro que te han ayudado las circunstancias —musitó Jean, mientras adelantaba otro paso hacia el lecho.

—La única circunstancia que me ha ayudado ha sido la de ser yo una mujer bonita.

—Cierto, pero si le hubieses matado en el accidente, como pretendías, todo hubiera resultado bastante peor —opinó Jean—. Reconocerás que eso es suerte. Yo te advertí que matar a un tipo con un coche y despojarle de lo que lleva encima, es una maniobra burda. Además, casi nunca queda tiempo de desplumar al pájaro, porque los curiosos acuden inmediatamente. Pero tú no le mataste, y en cambio se te presentó la oportunidad de traerlo aquí.

Marcel, sintiendo cada vez con más intensidad que los pulmones le abrasaban, logró que la voz, brotara por entre sus labios reseca:

—¿Es que ya entonces sabías que... que llevaba... el secreto de mi hermano André...?

Judith le miró. Su mirada fue extrañamente lejana, fría, indiferente.

Fue una mirada que heló las últimas fibras que aún quedaban vivas en el corazón de Marcel.

—Te seguíamos desde que llegaste a Bruselas —dijo—. Suponíamos que tú sabrías dónde estaban las cosas de tu hermano André, y nos alegró saber que habías sido bastante listo para darle esquinazo a Kenney.

—¿Entonces me vis... me visteis en el cementerio?

—No. Hemos de reconocer que esa noche lograste desorientarnos con tu estratagema del tren. Querías esquivar la vigilancia de Kenney y esquivaste la nuestra.

—¿Entonces cómo supisteis... que... que llevaba la caja... cosida al abrigo?

—Uno de nuestros hombres fingió chocar contigo en la calle y te palpó. Tú ni siquiera debiste darte cuenta.

Marcel sentía que las imágenes se nublaban, se perdían en la negrura que iba invadiendo la habitación, pero aún quería ver a Judith, aún quería llenar sus ojos con la última imagen de la muchacha.

Un esfuerzo inútil.

La imagen de Judith se iba haciendo borrosa, lejana, como todo en la habitación. La imagen, los recuerdos, los pensamientos se perdían lentamente.

Aún pudo balbucir:

—¿Trajiste a este hombre... y fingiste... ser atacada... para que yo pidiese casarme contigo? ¿Para que la idea del matrimonio «in articulo mortis» pareciese ocurrírseme a mí mismo?

Judith contestó sin mirarle:

—Sí.

Tenía esa voz fría, lejana, inflexible, incluso un poco aburrida, del que ha terminado bien un trabajo y está ordenando los últimos detalles del mismo.

—Quiero... que me digas una última cosa, Judith...

—¿Por qué no?

—Cuando viniste llorando... con las ropas, con las ropas desordenadas... Quiero saber si ese hombre había hecho... de verdad... algo... contigo.

Nuevamente la voz fría, mecánica, voz de secretaria eficiente que lo tiene todo dispuesto, dijo:

—Sí.

—¿Y tú... lo quisiste?

—Lo único que lamenté fue no poder hacer ruido —explicó ella con suavidad—. Así resultó todo demasiado aburrido. Jean y yo trabajamos juntos hace meses, ¿sabes? y eso ha sucedido otras veces. Pero en aquella ocasión yo no lo esperaba, lo confieso. Se presentó aquí porque Jean es un chico muy impaciente.

Y Judith rio con una risa seca, un poco nerviosa, que pareció hacer temblar con sus ecos las sombras que rodeaban a Marcel.

Este musitó:

—Gracias. Es todo... lo que... lo que quería saber.

Jean ya estaba junto al lecho. Ya tendía hacia él sus grandes manos, sobre las que se había puesto unos guantes.

—¿Y el teléfono? ¿No nos molestará nadie mientras trabajo? —

musitó.

—El teléfono está estropeado hace días. Él creía que ponía conferencia a Bruselas, claro, y que telefoneaba a Kenney. Esa ha sido la parte más fácil de la comedia.

Jean apoyó en el cuello de Marcel sus grandes manos enguantadas.

—No dejes huellas —aconsejó Judith, mientras se ordenaba los cabellos tranquilamente ante uno de los espejos—. Cualquier moradura podrá ser notada cuando lo lleven al depósito de cadáveres.

—No temas. Ya sabes que hago este trabajo bien. Y además será muy fácil, porque no va a ofrecer resistencia... Está tan débil y tan desengañado, que...

Cerró sus manos en torno al cuello del agonizante.

—No se defiende... —sonrió Jean—. Incluso parece dar facilidades. Yo una vez vi cómo mataban a tres caballos en un rancho, ¿sabes? Eran caballos jóvenes de esos que se crían para el sacrificio, para aprovechar la carne... Los reunieron a los tres...

Tranquilamente, mientras hablaba, iba apretando, iba cortando poco a poco la respiración de Marcel, sin presionarle demasiado el cuello, dejando que expirara por asfixia.

—Eran tres... —continuó—. Los matarifes no se preocupan demasiado por la cuestión sentimental, ya sabes... Mataron a cada caballo sin ocultarlo a la vista de los demás. Ya te puedes imaginar que tenían que bajarles la cabeza para apuntillarlos... Pues bien, el tercer caballo, que había sido testigo del sacrificio de sus compañeros, cuando le correspondió a él bajó la cabeza sin necesidad de que se lo mandaran... Yo siempre me he preguntado qué debió sentir aquel animal, qué concepto del mundo se llevaría... Y lo comparo con este muchacho... —apretó un poco más, moviendo las manos sabiamente—. Bueno, ya está. Ha sido un buen trabajo.

Judith, que seguía arreglándose el pelo ante el espejo, desvió ligeramente los ojos.

Fue solo un momento.

El gesto del que dedica su atención a un molesto asunto laboral que en el fondo no le importa.

—¿Está muerto?

—Hace ya casi un minuto, pero me he asegurado bien.

—¿Ha sufrido?

—Pché. No creo que su fin haya sido agradable. Pero no se le notará nada, fíjate. Ha muerto por simple asfixia.

Se quitó los guantes y susurró, apartándose de la cama:

—Buen chico.

Judith acababa de descolgar el abrigo. Miraba con ojo crítico la cajita de metal cosida al forro.

—Pesa, ¿eh?

Él sostuvo la prenda.

—Sí, bastante. Parece de plomo.

—Muerto él, ya no tendremos problemas —silabeó Judith—. Ni el mismo Kenney sospechará nada, puesto que yo no consto en sus ficheros, y mi posición de muchacha honorable, que heredó de sus padres esta casa, me pone a cubierto de muchos recelos —de repente cambió el tono de voz—: ¿Cuánto podremos pedir por esto?

—Depende de lo que contenga —susurró Jean—, pero si es lo que imagino, valdrá un millón de dólares. Y mañana estarán cobrados. ¿Sabes una cosa, Judith? Durante una temporada convendrá que no nos vean juntos, porque a mí sí que me conoce Kenney. Pero luego nos desquitaremos de esto, ¿eh? Luego nos iremos a pasar una temporada a un lugar tranquilo y nos amaremos cien veces junto a alguna ventana desde la que se vea el mar. ¿Qué te parece Río de Janeiro?

Ella sonrió. Y en su rostro claro y luminoso, aquella sonrisa fue una mancha turbia.

—Tú mandas, Jean.

Jean la besó suavemente en los labios, y luego tomó en sus manos la cajita, intentando abrirla.

—Parece soldada. Necesitaremos una palanqueta.

—La tengo.

Judith extrajo de uno de los cajones una navaja de uso múltiple, uno de cuyos brazos era una palanqueta de acero.

Ninguno de ellos había mirado al muerto una sola vez.

Jean forcejeó con la caja. Movía bien la palanqueta, y la tapa empezó a levantarse un poco.

—Es extraña la vuelta que ha dado esta cajita —susurró, mientras forcejeaba—. Lógicamente tenía que haber dado con ella

Kenney, al que el hermano de Marcel, que fue el que la preparó, odiaba con toda su alma. Pero Kenney no la tuvo ni la tendrá nunca. Ha llegado a nuestras manos...

Lanzó una seca risita.

—Sería curioso que André, el hermano de Marcel, hubiera preparado aquí un mensaje para Kenney.

—No digas tonterías —musitó Judith, impaciente ya ante los esfuerzos de su compañero—. ¡Abre de una vez!

Se inclinaba sobre la cajita. Jean forcejeó un poco más.

—¡Ahora!

No llegaron a ver el horror. No llegaron a sentirlo en sus ojos, en su carne. La horrisona explosión los convirtió en pedazos sin que lo supiesen. La carga T.N.T que contenía la cajita, y cuyo fulminante estaba conectado a la tapa, explotó con exactitud, con precisión, casi con elegancia, como André, en su último sueño de venganza, había previsto.

La sangre de los dos salpicó las paredes, los cristales y hasta el cadáver de Marcel.

El humo acre se expandió a través de la ventana despedazada, formó espirales, creó dibujos bajo las estrellas y tendió hacia el infinito extrañas sendas en la noche.

FIN



## LA ESCULTURA DE LA MUERTE

por Burton Hare

¡Y Víctor vio su rostro!

*El rostro de Louis.*

Y esta vez chilló, porque su debilitada mente no podía asimilar lo que estaba viendo.

Louis estaba ante él, con su rostro en calma, mirándole tan fijamente que parecía atravesar su cuerpo con los dardos de sus ojos.

Y mientras estaba mirándole inició una especie de sonrisa que atirantó la piel y se convirtió en una mueca escalofriante.

Víctor no pudo repetir su grito. Sentía la muerte entrar dentro de él, apoderarse ya de su corazón y de su mente... No se podía sufrir más ni en el mismo infierno.

Pero pronto vio que sí podía aumentar aquel sufrimiento físico que experimentaba, porque las manos de Louis avanzaron, se movieron sin prisa en busca de su garganta... y él estaba allí, de rodillas, justo a la altura de aquellas garras que se acercaban...

Sintió los dedos como si fueran de hielo, fríos y tensos al cerrarse alrededor de su cuello...

—No...

El barboteo murió en sus labios. ,

Las garras oprimieron un poco. No tenían prisa.

Víctor levantó los ojos. El rostro de Louis estaba en calma... la calma de la muerte.

*¡Una escalofriante novela que usted no olvidará!*

*¡Una de las mejores obras de BURTON  
HARE!*

## LA ESCULTURA DE LA MUERTE

*¡Léala en nuestro próximo número!*



eso  
tiene  
**VETERANO**  
**VETERANO**  
tiene  
eso



VETERANO  
es de  
**OSBORNE**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain